

CUENTOS DESTAMPADOS

Rosalía Martín
del Campo



espejo
de urania



DESTRAMPE INICIAL

Varios de los personajes que aquí encontrarás, así como sus historias, ya han visto la luz en las revistas PAULA y TIEMPO LIBRE; y he de decir que hasta viven por su cuenta pues, inclusive, en una ocasión me habló un reportero de UNICABLE porque quería entrevistar a la Matilde de "Cosa de Ángeles" y a Diego y a Martha García de "Pasajeros del Viento", entre otros. O sea que, viajarían a Estados Unidos sin visa ni pasaporte y serían conocidos por múltiples televidentes.

En fin, ahora ellos caminan por su cuenta y han llegado para visitar a cada lector que tenga este libro en sus manos.

Espero que hasta los invites a habitar tu corazón los días en que necesites un poco de magia, compañía o empatía para aliviar las horas sosas o muertas porque los milagros que anhelas tardan en llegar.

ROSALÍA FRANCISCA
EUGENIA



COSA DE ÁNGELES



ERA UN DÍA SIN GLORIA. Todo estaba como siempre. Las cosas en su sitio, la rutina en su apogeo. Matilde suspiró y llamó a su perro *Rubens* como una señal de que estaba dispuesta a emprender el día. Un día que prometía ser tan largo y aburrido como los otros quince días del mes. El teléfono sólo hablaba trivialidades. La radio se prendió automáticamente en la estación deseada: "radio 13".

Matilde se estiró con flojera y entró al baño. Con el chorro de la regadera regresaron otros tiempos, otras compañías. Abrazos y besos de agua tibia cubriendo deliciosamente la piel, que se sabe y se supo amada en su multiplicidad. Una piel ahora marcada por las cuchilladas de esa extraña e insistente premonición: *sé que aunque todo parezca igual, hoy se me moverá el mundo*. Salió del baño para darse cuenta de que *Rubens* se había comido su desayuno y parte del periódico. En la sección mordida,

anunciaban un curso de **Encuentre a su Ángel y plati-que con él.** Ay, *¿será cierto? ¿podré al menos hablar con mi ángel?* Matilde dejó bien instalado a su perro frente a la tele y salió sin las llaves del coche.

A pie llegó a la casa amarilla de la colonia Roma. Había mucha agitación en las ventanas de arriba. Hasta un pedazo de ala le cayó encima. Aún así, Matilde entró a pedir informes. Inmediatamente, los colgajos de seres mutilados sobre el biombo de la entrada la atraparon y ya no la dejaron salir. Eran adornos con vida propia, que guiñaban ojos, estornudaban y aleteaban orejas. *¿A qué curso viene?*, le preguntó una de las máscaras que poseía cuerpo y voz. *Quiero conocer a los ángeles. Ah, eso es en la planta alta, aquí sólo estamos los seres del infierno.* Matilde subió desesperada. De infiernos ya tenía bastantes con su vida falta de ilusiones y llena de hijos distantes.

Arriba había un zafarrancho, los ángeles se

estaban peleando entre sí por las hamacas más placenteras. Su falta de orden y caridad asustó a Matilde, quien había acudido al lugar en busca de paz. *¿qué hace usted aquí?*, le gritaron unas voces poco angelicales, mas bien aguardientosas. Tímidamente contestó que quería hablar con los ángeles y conocer al suyo. Los ángeles se miraron y soltaron la carcajada: *¡Ah que vieja tan lorenza!, se burlaron de ella. Aquí los únicos ángeles somos nosotros, los de la onda grupera... Pero es que en el periódico decía... Oiga, la interrumpió el más borracho de ellos, ¿leyó usted completo el anuncio?... A Matilde se le llenó la cabeza de recuerdos hasta tornar a ver a Rubens con medio periódico en el hocico. Se puso colorada y se dispuso a salir corriendo. Los ángeles gruperos se lo impedían. Si quiere, nosotros somos tu ángel, mi reina y aquí verás cómo te enseñamos el Edén... y sin pensarlo mucho empezaron a acariciarla y a darle extraños brebajes. Matilde permitió*

que su conciencia se extraviara, se dejó tomar por lo inesperado y conoció las puertas de otra gloria.

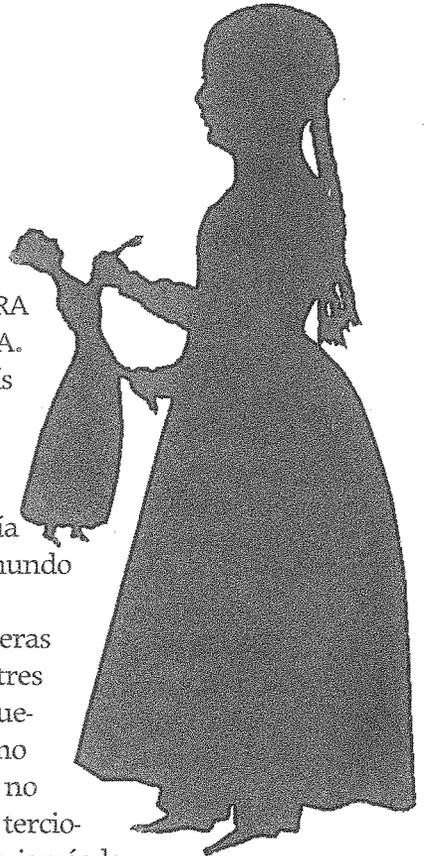
Matilde regresó triunfante a casa, montada en una de las motos de "Los Ángeles del Norte", sintiéndose tan irreverente como el más macho de los hombres y tan renovada que hasta pensaba redecorar su casa, tirar las cremas de noche y ponerle a *Rubens* un trofeo al lado del calendario que le había regalado Juan Valente.



LA NIÑA DE LOS VIENTOS

TODO EMPEZÓ CON SUS ENORMES OJOS AZULES, DE UN AZUL QUE PROMETÍA PAZ Y DULZURA DENTRO DE UNA CARA PRECIOSA. No había nadie más bello en el país de los reflejos y las apariencias. Este ser tan hermoso y con una voz tan dulce como la miel tan sólo tuvo una hija, misma que le garantizaría su continuación mágica en un mundo rígido y robótico, hasta terrorista.

Cuidó a su niña más que a sus pulseras de plata pero menos que a sus tres french poodles. No sabía cómo quererla, nadie le había enseñado cómo querer a las hijas mujeres que no tuviesen los ojos azules, la voz de terciopelo y el cuerpo de espiga. Su hija jamás le



gustó pero era su hija. La veía como a una criatura accidental y salvaje, que se había entrometido en su mundo perfectamente soñado. A su vez, este tipo de hija nunca soñada trajo consigo cierto alivio, pues al no ser tan bonita como ella, no le representaría una verdadera competencia.

Sin embargo, por extraños caprichos que rebasaban a los designios del DNA, su hija se le parecía más y más en sentires y pensares. Era como verse en un espejo del alma con un cuerpo totalmente diferente, pero con una mirada cada vez más igual.

Por lo visto, el delirio también era heredable.

La escondió en su torre de espejismo. Un pent house lleno de objetos de maquillaje para disfrazar a la realidad.

Enseñó a su hija a ver al mundo sólo a través de los ventanales de su condominio frente al Ángel de la Independencia. Desde ahí, toda persona se veía pequeña y llena de prisa, como ausente de la vida.

Tuvo a su hija deseando concebir a un niño, por eso, durante los primeros tres años, siempre la vistió de hombre y le compró pistolas y resorteras. Le ponía discos de Lola Beltrán para que imitara su voz ronca aunque nada pudo hacer con sus ojos. Como otro capricho del destino, los ojos de su niña eran verdes y no azules como debían ser, según la tradición de la familia de hadas del jet set, de donde ambas provenían.

Tuvo su primer orgasmo que sintió con el único hombre que amó: un gitano joven e inteligente, quien le prometió acompañarla en su mundo de fantasía pero no resistió el choque entre la realidad y la magia, por lo que acabó por abandonarla para integrarse a su supuesto mundo "real y sociable".

Toda su capacidad de amor se le fue con él, como un viento de huracán, persiguiendo para siempre las pisadas del gitano hacia un mundo raro y lejano, con sabor a Chotis.

De él le quedaba la niña con el pelo de él, con el estilo de caminar de él, con la nariz respingada de él.

Niña del orgasmo, niña del delirio, niña de la promesa incumplida, niña de la huída, niña de la desesperación, niña de las lágrimas y niña del rencor.

Logró amar a su hija porque la niña la miraba con los ojos del gitano y se permitía moldear como plastilina.

La amó por decreto, por necesidad, para no estar completamente sola y para no sentirse vacía. Inclusive llegó el momento en que pudo amarla más que a sus french poodles.

Como la chiquilla no tenía permitido bajar a jugar al Paseo de la Reforma, sobre y entre las bancas de piedra, comenzó a estudiar a los pájaros para aprender el secreto de volar, pues los pájaros llegaban a su balcón y le enseñaron a platicar con silbidos y picotazos. Pronto se pobló el balcón de diversos tipos de aves y la niña se sentía feliz con amigos sinceros, con la capacidad de volar tan alto como sus propios sueños.

Había que rescatar lo bello de un mundo feo y sucio, aburrido y mediocre. Había que atreverse a descubrir las verdades del propio corazón. Realizar viajes interiores para los cuales no se requería más boleto que la introspección y la meditación, pues el alma nace y renace hasta que uno no aprende a volar, a ser ligero y navegar por los cielos de la generosidad, soltándose de las amarras de los apegos y de los miedos.

La música era un alivio permitido siempre y cuando se tratara de la Trova Cubana: sus letras enseñaban el sentir del corazón con el delicioso elixir de la poesía.



Convencida de ser el resultado de un semen feliz y exitoso, la mujercita vivía tranquila, sin preocuparse por no tener nombre ni apellidos ni acta de nacimiento.

La chiquilla recibía clases privadas de un tal José Manantial, un hombre capaz de hablar con los muertos, de viajar en los tiempos, de salirse de su cuerpo, de pies largos y ligeros, barba partida, ojos sabios, vestido siempre con túnicas celestes o marinas.

Con José aprendía a conectarse con sus vidas pasadas para entender su misión actual.

Convencida de que su cuerpo tan sólo era la envoltura de un alma inquieta y necia por encontrar respuestas y más respuestas, a la mujercita ya no le importó andar desnuda tanto dentro del departamento como en el balcón, donde no sólo el Ángel de la Independencia podía verla sino también los pilotos de los helicópteros que reportaban escandalosas noticias y le lanzaban ramos de flores.

A los 4 años ya sabía que la política era la ciencia de la ambición y que la primera regla bajaba con el dolor absoluto de un pecado misterioso y achacado injustamente a toda mujer, a quien se le exigía belleza y recato para adornar y complacer la vida de los hombres, cual artículo de lujo removible o sustituible en cualquier momento.

¡Mejor el mundo de los cielos y los pájaros que juntarse con los robots de abajo!!!

Su mamá tenía razón al haberla separado de todos para no condicionar ni su actuar ni su existencia a la aceptación de los demás.

El juicio de los otros podía estar contaminado con el mercurio de la envidia, el termómetro del prejuicio, las palabras del libro de la moda, las cadenas de la sinrazón.



Desnuda de alma y cuerpo jugaba con los pájaros, las horas se le iban mirando al mundo desde su balcón. Sus ojos gitanos eran enemigos de los rayos directos del sol, los herían los resplandores exagerados porque eran el reflejo de lo banal y frívolo de los espejos.

Nunca se peinaba y su cabello crecía libre y rebelde como una capa natural.

Había algo que le producía insomnio: los secretos de su madre que no lograba descifrar. Quería hacerla feliz a pesar de ser mujer y no el niño que su mamá siempre quiso tener.

Pero conforme ella era más libre, su mamá se le escapaba más y más de las manos. Se hacía doblemente etérea que la luz y crecían sus misterios como los sueños en una noche de tormenta.

Sin embargo, a partir de los ocho años, su mamá ya la dejó crecer en libertad. Ambas vivían en paralelo, cada una a su modo, cada una con sus sueños, cada una con su propio corazón.

A la muchacha le extrañaron las primeras gotas de su sangre menstrual, no las sabía parte de un rito rumbo a la eternidad... Era la sangre virginal de una niña que aún no descubría la vehemencia de su propia sexualidad. Ella no deseaba problemas, odiaba los cólicos intensos y prefería acompañarse con sus pájaros y relojes de arena rebosantes de espuma de mar.



Su madre se encerraba durante horas y horas en el cuarto de los antepasados, el único cuarto cerrado bajo llave, a donde la gitanita tenía prohibido entrar. Su mamá acostumbraba decirle que a su debido tiempo le enseñaría las claves de su árbol genealógico, que mucho tenían que ver con un amor apasionado a las estrellas y los telescopios

para verlas sin el himen de la lejanía. Las estrellas eran parte de un mundo ajeno a las pasiones, a los vicios humanos y a las peseras o los microbuses que chocaban en las calles de abajo, alrededor de la glorieta del Ángel, de donde la niña sacaba sus nociones de política cuando los mítines se juntaban ahí. Cambiaban los eslogans, temas y pancartas pero el rugir de la ambición siempre sonaba igual. El poder era una droga que no quería experimentar.



Salir desnuda por las noches a bañarse bajo la luz de las estrellas y los sonidos adormecidos de la ciudad era el momento más bello de las cotidianeidades de la niña entre ave-gitana-princesa-hada y manantial.

Bañaba su cuerpo con aguas espumosas de mar que su mamá le traía del cuarto cerrado bajo llave. Su alma siempre limpia por los sueños compartidos con las aves multicolores que flotaban sobre todo su cuerpo a cualquier hora del atardecer.

Un ser especial y ajeno,

compartiendo el mundo con los seres más comunes de la ciudad más poblada del mundo.

Así es la vida, hay cosas y presencias que existen sin que las sepamos ver.

De un helicóptero comenzaron a lloverle rosas lilas a la mujercita, ahora de 15 años y con los pechos redondos y muy grandes.

Su mamá le había dicho que algún día se tenía que casar para producirle un nieto hombre y que como premio le enseñaría todos los secretos del cuarto de los antepasados.

Sin embargo, la siempreniña deseaba seguir libre como era, más libre que el sol y las mismas estrellas pues ni el sol ni las estrellas podían sentirse tan flotables como ella

porque todos esperaban algo del mapa celestial y eso los encadenaba a los deseos humanos y a los caprichos de la rutina de un horario que jugaba con sus apareceres y desapareceres.

Ella ni siquiera usaba reloj. Seguía desnuda y descalza, sin espejos y sin peine. Hablando con sus propios sueños y pasiones, inventándose un mundo ideal, escondida dentro de sí misma, con un deseo siempre creciente de volar.

Su maestro José, con una mirada cada vez más dulce y tierna, le enseñó a volar con la mente, a cantar como las aves del Himalaya bajo el aroma del incienso y la alegría de la paz.

José sí entraba con su madre al cuarto bajo llave. Se encerraban horas ahí y salían cubiertos de arena y con un halo dorado, como si se hubiesen salpicado de eternidad. Después de estos encuentros la mirada de José se clavaba en la ternura y la dulzura ante la gitanilla de los vientos.



Niña niña, niña del viento, le cantaban los pajaritos con su curioso idioma. Niña pájaro, niña incienso, niña espuma, niña pechos de manzana a punto de reventar.

El morir no le asustaba porque se sentía parte de todo y de nada... no en balde había nacido de un sueño enamorado y de la entrega voluntaria de su mamá al gitano que jamás volvió.

No conocía el miedo porque dejaba fluir su vida sin levantar contra ella los obstáculos de sus propios deseos. Nada de preguntas, nada de complicaciones; por eso no se peinaba y tampoco cortaba su cabello. Era tan tranquila y dulce como el enamorado que se sabe correspondido.

Los días iban y venían con su rutina cromométrica y sus pisa-

das en el cielo, huellas multicolores e irrepetibles que no eran parte del mundo vertiginoso de quien no mira más allá del acá.

Su paz era su tesoro, juraba no enamorarse, no bajar al mundo, permanecer en el anonimato para que nadie le rompiera las alas de su tan maravillosa libertad.



Pero, un día cualquiera en el que, totalmente desnuda en el balcón, con los pájaros jugando a hacer un nido en su cabello, oyó un grito terrible.

Prohibido, inexplicablemente abierto, dudó en entrar, la curiosidad de años la empujó hacia dentro. Verdes raíces cubrían las paredes y el cielo estaba pleno de estrellas permanentes. Un cielo que se podía tocar. Los paisajes cambiaban constantemente en un enorme tapiz de fondo, como si alguien los estuviese girando desde un lugar remoto y desconocido.

Eran imágenes de sus antepasados haciendo el amor, parecían disfrutarlo tanto que de pronto, la niña de los vientos sintió cómo se le humedecían los labios inferiores del cuerpo, cómo se estremecía su vientre. Su cuerpo ahora le pedía algo nuevo, sus pezones comenzaban a dolerle con punzadas. Se acarició sola pero no era suficiente. Tocó su clítoris y se humedeció más, descubrió que tenía que calmar el fuego de su propio cuerpo con el de un hombre.

Tan ensimismada en sus propias emociones, no se preguntó por qué el cuarto siempre sellado ahora estaba abierto.

Tardó en descubrir el cuerpo frío de su madre sobre una sábana de seda violeta. Con el corazón apesadumbrado se acercó. Su madre siempre bella lucía muy hinchada,

sus ojos azules apenas se veían. La niña de los vientos descubrió las lágrimas al sentir el dolor de la pérdida de su madre, al ver su belleza destrozada con los hachazos de la muerte. Llorando todo un mar de tristeza y desamparo la descubrió José. Inundada en su propio río de múltiples emociones.

Para calmar las pulsaciones de sus senos y sus labios inferiores y para cumplirle sus deseos a su madre, ahí mismo se entregó a José.

José la acarició con todas las ternuras que había atesorado desde que conoció a la niña salvaje, la hizo perder el miedo al saber acrecentarle los temblores del deseo, el fuego de la pasión. Entró en ella cuando ella se lo pidió. Ella se perdía entre el dolor y el placer, sentía desvanecerse en un subibaja que la hacía suspirar y enterrarse más en el cuerpo de José. Con su perfecta conjunción latían rítmicamente las constelaciones.

Se movía instintivamente, con el frenesí de todas las Evas. Su madre alcanzó a sonreír desde su reciente muerte, feliz de que en su hija se estaba gestando el niño de los ojos azules que siempre había deseado. El niño que garantizaba la inmortalidad de todos los sueños, los orgasmos de todas las Evas, las olas de todas las fantasías, las aves de todas las libertades.



SILUETAS

DE DÍA SE VE TOTALMENTE DESHABITADO, VACÍO. Sólo las ventanas abiertas delatan alguna presencia porque no están rotas y parecen limpias. El lugar simula un paraíso descuidado, donde las ninfas vivas bailan desnudas las tardes lluviosas; ajenas a los vecinos curiosos que se sorprenden ante su atrevimiento y desvergüenza.

De noche, el lugar es totalmente otro mundo. Una extraña y pecaminosa luz rojiza ilumina las ahora cerradas ventanas y se perciben las siluetas fijas de dos hombres mirando justamente hacia mi departamento. Nunca cambian de postura ni de ubicación. Son como estatuas espías, conscientes de todos mis movimientos, hasta de cómo me pongo el camisón de seda.



Ellos me vigilan y yo los vigilo. Así nos pasamos la noche. Una noche de miradas imperceptibles y de silencio cómplice. Después de un primer temor, siento placer al saberme observada. Comencé a planear mis movimientos y camiones para ellos. Mis pasos se hicieron más danzarinos y sugestivos, hasta bailar completamente desnuda.

Ellos seguían fijos ahí, tras la misma ventana, justo en medio del piso de la terraza a noche abierta, con una única banca de hierro forjado sobre su jardín de concreto.

Ellos seguían fijos ahí, tras la misma ventana, justo en medio del piso de la terraza a noche abierta, con una única banca de hierro forjado sobre su jardín de concreto. Y lo sé. Para mí, ellos son sólo parte del paisaje, al igual que las tintineantes luces de la ciudad. Mundos extraños que de pronto se encuentran y se inventan historias involucrándose los unos a los otros. Ellos podrían imaginarme como parte de su vida, como ahora lo soy. Y yo podría seguirlos viendo como dos espejos fijos contra los que reflejo mis insomnios y mis sueños descabellados. ¿Serán así los vampiros del fin del milenio? ¿Vecinos estáticos con vicios nocturnos? Algo de hipnótico se está dando en nuestra relación, una relación pausada y sin prisas, como cuando se cuecen los frijoles al laurel. Hay algo de historia latente en nuestro mutuo apercibimiento del otro. Somos ajenos porque nada sabemos ni ellos de mí ni yo de ellos. Sin embargo, diario nos vemos así, íntimos y sin pudor. Nos hemos convertido en nuestros mutuos puntos de referencia. Todavía no ensayamos la sonrisa que establezca el puente. Preferimos no arriesgarnos. A veces, sólo me recuesto contra la puerta del balcón apagado, tan sólo para descubrirlos ahí, como siempre, donde siempre. De ellos aprendo la paciencia porque sé que estamos en medio de algo, un suceso que se avecina pero, al igual que ellos, espero.

Esta noche, los ecos del huracán la llenan de relámpagos. Abro el balcón e imagino un puente que conecte a mi ventana con la de los dos hombres. Estoy a punto de flo-

tar sobre las palmeras del camellón que nos separa. Uno de ellos extiende su brazo invitándome seductor y excitado. Dejo los titubeos sobre la almohada y me lanzo hacia ese puente rumbo a los brazos de esos dos hombres.

Dormimos más allá de la luz del día. Al atardecer, nos acariciamos y besamos hasta que nos llegue el momento de volver a montar guardia. Ahora seremos tres siluetas contra la ventana, en pos de otra alma que quiera acompañarnos en nuestra renovada vida nocturna.

En mi exedificio de enfrente se encienden, poco a poco, las luces. Alguien ya nos está mirando desde la ventana de su balcón, convertido en baño de lujo, tarda horas mirándonos y se

desnuda sólo para nosotros.



PARA QUIEN VIVE SIEMPRE AJENO A
LOS PREJUICIOS

COMO LAS DE GUANAJUATO

LÁSTIMA QUE NO APROVECHÉ MI CUERPO

ANTES DE QUE SE JODIERA. No le di rienda suelta a mis pasiones porque todo era prohibido o pecado o ajeno a las reglas. Cientos de dietas boicotearon mis antojos, la abstinencia sexual llegó a secarme el ombligo, y ahora, estoy tan delgada que me siento un esqueleto totalmente ajeno a lo sexy. Extraño mis frondosos senos. Mis piernas ya no se pueden sostener solas, alguien me tiene que cargar sobre sus hombros pues estoy tan tiesa que es la única postura que aguanto. Viví mediocrementemente para no llamar la atención y ahora los noticieros no se cansan de mostrarme como "LA MOMIA MÁS RESPETABLE" que el Popocatépetl escupió un día de fiesta, después de quinientos años de no haberse encendido, y me perdí. Me quedé sorda, muda y ciega, y resbalé dentro de un lugar tan cálido como el vientre



materno. Pensé que había cambiado de nivel espiritual o de nivel de vida y que era nuevamente un feto. Pero no, ahora resulta que soy ¡la momia más famosa! Aún más que las de Guanajuato. Me traen de programa en programa y, como no he recobrado la voz, no puedo ni quejarme ni recordárselas...

Me guardan en una vitrina agradable, al lado de otros pequeños adornos, traídos de todas partes del mundo, formo parte de la colección de los regalos presidenciales. Me llega a visitar gente famosa. Apenas el martes, Michael Jackson hasta me quiso poner anteojos oscuros y comprarme pues siempre me ha envidiado, y el jueves, el Rey de España me decía tiernas palabras de amor en secreto. ¡Bola de pervertidos! Aunque, me divierto con tantas y tan variadas visitas.

Hasta el espiritista Alan Dominguez asegura que guardo en mi silencio las predicciones del Siglo XXII. Ese es el poder del silencio, abarca los más extraños misterios y es sinónimo de sabiduría. Lo único que sé es que jamás me imaginé que acabaría siendo una momia cuyos apetitos se petrificaran.



A MARIANITA CANTÚ
PORQUE SIEMPRE
ME RESCATA DE LA TRISTEZA

A
N
E
S
T
E
S
I
A



LA MENTE VUELA ESTRELLÁNDOSE CONTRA LAS IMÁGENES, COMO SI EL ALMA DIESE MAROMAS DENTRO DE UN TÚNEL LLENO DE RECUERDOS Y COSAS TAN INSIGNIFICANTES COMO EL PRIMER BOTÓN DORADO O UN ZAPATO DE GAMUZA GRIS CON LENGÜETAS QUE SÓLO ERA CAMBIADO POR UN NÚMERO MAYOR CUANDO CRECÍAN LOS PIES Y LAS IDEAS.

Las ideas se tienen que callar aunque hagan mucho ruido al aparecer, pues casi nadie está interesado en lo que otro

A las flores, aunque ya sean adultas,

tiene que decir. Los discursos suelen ser círculos reafirmantes del propio ego. La gente se conoce para volver a hablar de las mismas cosas y llena sus días con fragmentos multicolores para no aburrirse sola en casa. Es una costumbre que le hemos copiado a los perros, quienes tienen que salir varias veces de casa con la absurda excusa de disponer de sus necesidades donde menos estorben.

Aquí el único personaje que habla es una muñeca de cuerda que sólo sabe decir *ma-má... ma-má...* Sin embargo, la viejita del cuarto de junto la ha adoptado para tener a quien amar.

A veces uno compra ropa ridícula precisamente para molestar. Las muñecas siempre tienen ropa que las hace verse mucho más bonitas que los niños semidesnudos que se arrastran sobre el camellón, frente al hospital. Todo mundo quiere ser un personaje, hasta estos niños que juegan al fut mundial con las latas de cerveza que amanecen al lado del puesto de flores, tan lleno de tulipanes y girasoles para los enfermos.

también las tratan como a los niños de antes; o sea, como a soldaditos reprimidos, disciplinados y en bloque, tragándose la tormenta del crecer con pensamientos y sentimientos cada vez más propios y complicados.

El cordón umbilical es una excusa para hacernos sentir protegidos de algún modo. Ni siquiera los ideales pueden protegernos del frío de las calles desoladas.

Las imágenes se siguen atropellando sin ley alguna de cortesía. Son abruptas y andan sueltas, sin direccionales. Ha de ser el efecto de la anestesia postoperatoria, cuando uno se siente sumergido en un blues más triste que *el rey de los enanos*.

Los enanos calvos atacan a través del suero y me siguen tomando el pelo para que no me dé cuenta de que me han tasajeado el cuerpo. Como no encontraron mi pulmón a la primera, han hecho una serie de cortes extra,

que me hacen parecer un muñeco de trapo remendado. Es de noche en el hospital y las enfermeras andan de genio. Ya toqué el timbre porque me muero de frío y ellas sólo traen más brebajes que aturden, puros enanos calvos sin oficio ni beneficio en lugar de la cobija que necesito. Calvos como quien se llevó mi corazón. ¿Cómo vivir sin corazón y sin pulmón?

Algo parece darme cuerda para que siga pensando y para que no se me olvide que el ser humano es el único animal pensante, aunque traiga puestas mis pantuflas de corderito y mi pijama de dálmatas, como una muñeca que se ha escapado de la adultez.

Ni me duermo ni amanece; tampoco puedo decir *ma-má... ma-má...*

Parece que me estoy desangrando estúpidamente porque estoy manchada de sangre hasta el cuello a las tres de la mañana, como padeczo de hematófobia prefiero meterme en el canal de las imágenes incontrolables. Es mejor alucinar que la conciencia del dolor, es mejor perderse que saberse perdido. Los brazos me hormiguean y la lengua se me reseca. Ya ni siquiera puedo hablar conmigo misma.

Por fin viene una enfermera y se pone a gritar como loca al verme tan mal y aprovecha el momento para robarme mi reloj consentido, el swatch de leontina. "En esta vida siempre hay que sacar ventaja", dice, pensando que estoy desmayada y que no la puedo oír. Me traiciona un suspiro y la enfermera me mira amenazante para que no la delate con el doctor, que acaba de entrar... Prefiero perderme en el túnel de imágenes mientras me llevan a terapia intensiva, envuelta en mi propio mar de sangre, temblando de frío.

Pronto seré un angelito que ya no necesite cuerda para hacerse amar, ni alas para columpiarse, ni una cobija.

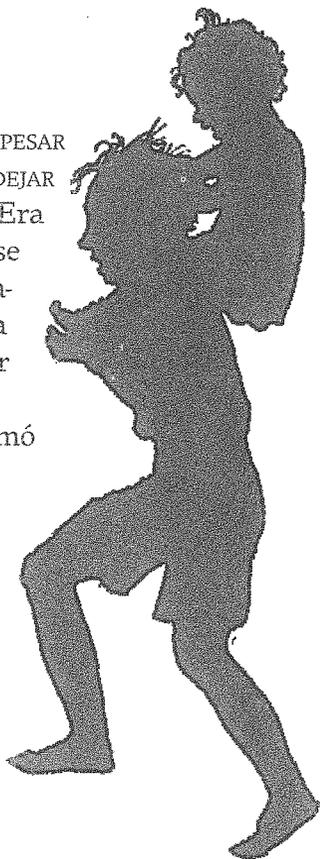
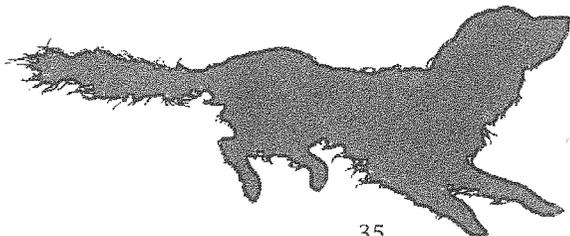


A MI NANA DOMINGA ROMERO GÓMEZ
POR SU CARÍÑO, LEALTAD Y COMPRENSIÓN.

UNA MANO MÁGICA

EN LA CASA DE ENFRENTÉ PARECÍA NO VIVIR NADIE; A PESAR DE QUE UNA MANO MÁGICA SE ENCARGABA DE DEJAR BIEN CUIDADO EL JARDÍN Y REGAR LAS PLANTAS. Era demasiado desperdicio el que no estuviese habitada la casa. Como trabajo entresemana de sol a luna, me dediqué a espiar la casa los fines de semana para descubrir cualquier movimiento.

Al tercer fin de semana, un pequeño perro asomó su hocico curioso por la puerta clausurada de mi jardín. Si hay perro, deben de haber vecinos que lo cuiden, pensé. El perro se fue haciendo mi amigo por los grandes trozos de carne que le dejaba entre los girasoles. Tal como lo sospeché,



trás del perro un buen día surgieron dos niños. No saben el trabajo que me costó el sacarles las primeras palabras. Eran, no podría precisarlo, como demasiado tímidos o asustadizos, algo así como ángeles estropeados. Pronto se dieron cuenta de que los niños me encantaban y se fueron soltando. Poco hablaban de su casa o de su familia. Casi nada les saqué sobre su escuela, preferían hablar del perro y ametrallarme con preguntas sobre el mundo y las gentes.

"Platicanos de gente interesante", me pedían. Yo me reía y les decía que más interesantes que ellos con su ternura muda, nadie.

Me costaron varias tazas de chocolate con churros el que me dijeran que estaban solos, que su papá vivía de viaje y la mamá de trabajo o bailando sola.

Seguro les regalaron el perro para callar la culpa de su abandono, me expliqué.

Los tres la pasábamos realmente bien, hasta "Beiyou" ladra más contento y juguetón. El niño de ojos vivos y chispeantes, overol azul y espíritu aventurero, tenía la extraña manía de pedirme que le contara cuentos de muerte y liberación, temas demasiado sombríos para un chico de su edad. La niña, en cambio, parecía un ángel, toda inocente y tierna, soñadora al grado de creer firmemente en espíritus protectores, amigos invisibles y mariposas mágicas.

a lo mejor es nuestro ángel de la guarda." "Sí, es verdad, hay algo que nos hace sentir como que no estamos solos." "¿Quién los cuida?" "Beiyou" "¿En qué trabaja su mamá?" "Ello nos dice, sale muy temprano y regresa cuando ya nos fuimos a la escuela." "¿Y su papá?" "Hace meses que no lo vemos, nos conformamos con hablar con su fotografía cuando ya no aguantamos a mamá."

¿Quién les arregia el jardín?
No sabemos, amanece bonito;

Un niño va callado callado en el camión del colegio, solo sostiene fuertemente la mano de su hermanita. En los recreos deambula solo por el patio. Su hermanita juega en los columpios a volar alto alto. La escuela tiene cierto aire lúgubre, es vieja y gris. Dos niños invitan al de los ojos tristes a jugar palillos chinos, durante el juego él se le queda viendo a una mochila azul de múltiples bolsas secretas.

Les fallé el siguiente fin de semana porque tuve que salir de viaje. El perro reapareció con una terrible mirada de reproche. Les grité a los niños pero no vinieron. Pensé que estaban enojados o que a lo mejor había regresado su papá. No quise insistir, tenía el enojo de su mamá pues todo lo tenían prohibido; sobre todo salir de su cuarto si ella no estaba. Ellos se escapaban cuando la señora se encerraba a bailar sola con dos botellas de licor. Debo confesarles que estuve tentado a denunciar el caso de abandono y descuido de los niños con las autoridades del DIF. No sé qué me contuvo. Ojalá lo hubiese hecho.

Los niños leen en su cuarto la historia que les regaló el vecino sobre una mano mágica y protectora, que acaricia a los niños cuando le temen a la oscuridad o cuando tienen ganas de llorar. El pequeño Daniel se imagina que la única forma de estrechar esa mano es durmiendo para siempre pero no se lo dice a su hermanita Inés, es algo que se guarda para sí. Toma la foto de su padre y le platica sobre los barquitos de papel que quisiera hacer con él, que le gustaría cambiarse de escuela y mudarse de mamá, la cuya es muy enojona y ni caso les hace, también le pide que vuelva de donde esté y le platica de su nuevo amigo, ese vecino que se le parece tanto. Se acuerda que algún día alguien le platicó eso de que por el mundo hay como nueve dobles de uno. A lo mejor el vecino era un doble de su papá. Al menos él quería creerlo así.

Pasé varias
noches en vela

Yo les mandaba recados amarrados al collar de "Beiyor". Tuvo que pasar un mes más antes de que regresara la niña. Venía sola, flaca y despeinada, como si huyera de una pesadilla. "¿Qué tienes, por qué no han venido? ¿Dónde está Daniel?" Inesita sólo me miraba como pidiéndome ayuda, se veía tan frágil, tan linda, tan sola. Su hermano apareció después con la mano vendada y la infancia más amordazada. Su mamá le había pegado. Mugre zorra, la voy a denunciar. Pero no, se nos pasó el día y no la denuncié. Lo que sí empecé a averiguar fue si había modo de adoptar niños maltratados. Mi problema era que yo vivía solo. ¿Cómo va a poder cuidar un hombre solo a dos niños y un perro?

para espiar a la mano santa que arreglaba el jardín y nada. No me lo explicaba, ¿qué mantenía el jardín tan arreglado en esa casa tan escasa de amor?, a lo mejor era un espejismo y el jardín realmente estaba tan inválido y triste como los niños. De veras llegué a amarlos como si fuesen míos. Ya eran míos. Estaba dispuesto a dejar de trabajar para cuidarlos desde mi jardín. ¿Dónde estaba su maldito ángel de la guarda que no los rescataba? ¿Por qué tienen niños las personas que no saben amarlos? Sólo por eso empecé a buscar esposa aunque soy homosexual, para poder rescatarlos. Antes de encontrarla, el pequeño me platicó de que se moría por una mochila azul, de esas que traen varias bolsitas, que se la había pedido a su mamá y nada. Se me hizo fácil comprársela. Poco le duró el gusto; al verla, su mamá lo lastimó tanto que se le evaporó la poca sonrisa que se entercaba en dibujar su expresión cuando venía a mi jardín.

El día que por fin conocí su casa fue poco después, cuando sus puertas se abrieron para dejar salir el ataúd blanco donde iba Daniel, un Daniel con el cuello marcado por la cuerda con que se ahorcó para encontrarse con la mano

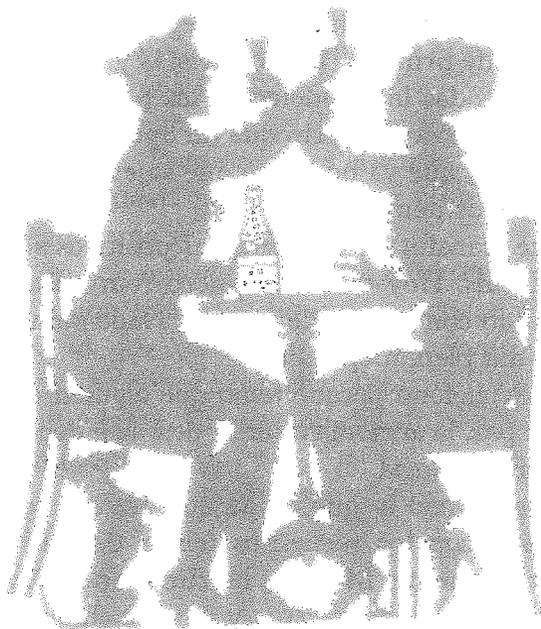
mágica o su ángel de la guarda. ¡Carajo, tan sólo tenía once años! Ahora no sé cómo quitarme esta culpa. Lo que sí voy a hacer es rescatar a Inés, entraré a su casa por el jardín, me apareceré ante la pinche vieja mientras esté bien borracha y bailando sola, creyendo bailar conmigo, la abrazaré para que crea que soy un espejismo y después le tronaré el cuello con toda la rabia del sufrimiento de Daniel. Total, cuando pregunten alguien dirá que fue la mano mágica, esa que todos los días les arreglaba el jardín, la misma que me ayudó a traerme a Inesita a la casa para cuidarla, sí esa en la que tanto creen los pequeños, la de su ángel de la guarda. A mí, más allá de los niños nadie me conoce ni me ha visto, por eso ni me preocupó.

Los fines de semana, como siempre, el espíritu del pequeño Daniel se nos une con todo y su mochila azul y una sonrisa grande grande, plenamente recobrada mientras estrecha mi mano.

Los vecinos de la calle Brujas creen en los fantasmas desde hace varios meses, en que por primera vez se oyeron las risas de unos niños, los ladridos de un perro y voces de un hombre en una casa vacía, al lado de un terreno vacío. Ese espacio se ha convertido en un extraño ritual, no en vano amanece los lunes sembrados de girasoles.



HOY



ESTE ES Y SERÁ UN DÍA DE LIBERTAD ABSOLUTA PORQUE ASÍ ME LO HE PERMITIDO, Y HOY LE GANÉ YO A LA VIDA. Para empezar, desayuno todo lo que se me antoja y le ordeno a mi cuerpo no engordar. Me baño con deliciosas sales aunque no tengo tina y las burbujas explotan hacia la sala. Me visto como *Antonio Banderas*, aunque sonrío como *Melanie Griffin*, con absoluto amor, ante el espejo. También hoy he decidido ser mi propio amor más importante. Estaré dedicada a hacerme feliz. Me ordeno ser feliz e ignorar cualquier contratiempo. *El*

Escucho
al vocero
gritando
espantórrimas

poder hipnótico que empiezo a tener sobre mi misma hace que hasta mi nariz esté por primera vez calentita, ajena al frío temeroso de la timidez. Las sirenas de la calle y el tronido de las patrullas judiciales me suenan a Hey, Mister Tambourine Man porque así lo quiero. Canto a gritos Mr. Pianoman y hasta me llego a sentir una Plácido Domingo de primera. Hojeo revistas y encuentro ser más bella que todas las modelos de las portadas bajo mi piel auténtica. He descubierto que mi opinión puede dominar a las cosas y que ya no tengo que sujetarme a las convenciones de los demás.

noticias que transformo en mensajes positivos sobre el mundo y el país. Hoy también quiero reinventar la historia del mundo con toques de alegría. Nada va a echar a perder mi día plenamente libre.

Dejo sonar el teléfono porque temo que alguien contamine mi gloriosa paz, la armonía interior de quien decide adueñarse de su circunstancia.

Mantengo lejos todo lo que tenga que ver con terceros y me acompaño con los recuerdos felices de una vida vivida apasionadamente. Meto las lágrimas en la licuadora y les agrego un toque de naranja y otro de champán para que solas se emborrachen y se liberen.

Caliento los huesos de mi corazón con la esperanza de que suceda lo que deseo que pase. Echo en el cenicero el cúmulo de reproches que suelo hacerme y me miro hacia dentro con amor, a lo mejor por primera vez.

Únicamente abro la correspondencia que no provenga de bancos ni de la tesorería del gobierno. Leo así saludos, besos y cariños distantes aunque presentes en las letras.

No limpio, no cocino, no hago nada que me moleste.

Respiro y siento los inmensos colores del aire que entra por el balcón. Mis plantitas también han decidido que éste sea un día feliz pues por fin se dejan florecer. Hasta mi

computadora parece estar embriagada de este terco bienestar.

Estoy viviendo un día entre mil. Les pido a mis muebles que me abracen con su comodidad, que sean amables y se guarden sus resortes a punto de reventar.

Dirijo la mirada a las cosas que me producen placer y evito ver el reloj para no angustiarme con el paso de las horas que achican mi día ideal.

Aviento lejos los resultados del laboratorio, podrían alterar mi estado feliz. Tampoco miro el curita que tapa la vena, pienso que todavía no sé nada, que no me he enterado y experimento una renovada vida.

Amo a cada uno de mis dedos y hasta a mi sexo contaminado por ese amor en el que no quiero pensar. Por hoy sólo es cierto lo que yo decido, mañana reprogramaré mi vida pero por ahora seré feliz. Total, el SIDA todavía no me hace pedazos. En este mi día de plena libertad, me siento intoxicada

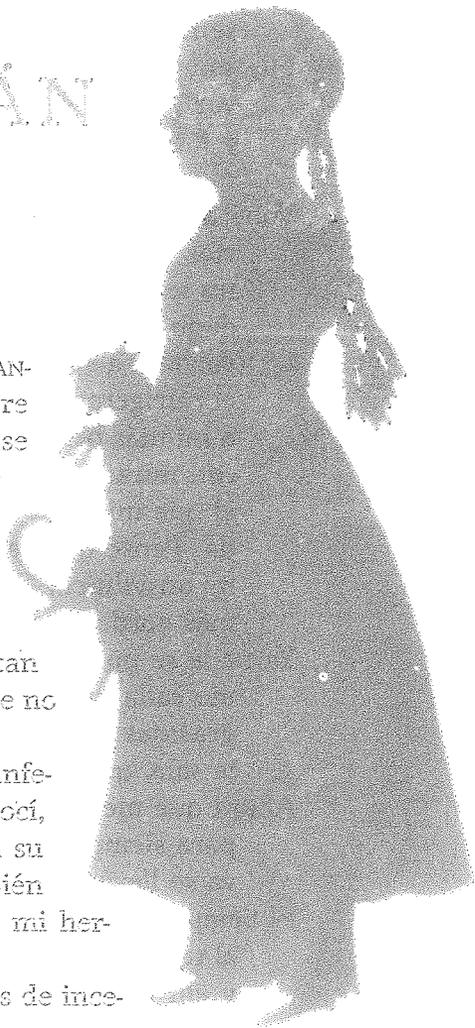
con mi absoluto poder sobre mi vida.



ZUMBIDOS DE ALACRÁN

¡AHÍ ESTÁN, EN EL CENTRO DE TODO, ENERVANDO CON SUS ZUMBIDOS. Gravitan sobre la misma maceta uno y otro día, se persiguen en una loca cacería. Se parecen a esos seres humanos que están siempre encontrándose, desencontrándose y volviéndose a encontrar. Hay relaciones que hacen ruido y molestan tanto como los mosquitos, esos que no se van ni con el *baygon*.

Así, Aristeco ha gravitado por la circunferencia de mi vida. Cuando lo conocí, le estaba rompiendo el corazón a su enamorada de entonces. También era ladrón. Se llevó el estereo de mi hermano y nos dejó en silencio. Su voz se colaba entre los años a través de ince-



santes llamadas a su hermana Rutilia, quien trabajaba con nosotros como cocinera. Sus llamadas siempre exigían dinero a cambio de nada. No más por *el valor de la sangre*. “Dios los cría y ellos se juntan, se pegan, se sacan ronchas y se vuelven a pegar, aunque se maten, aunque sus relaciones lleven ineludiblemente al precipicio”. Aristeo siempre metía en problemas a Rutilia quien se fue contagiando de su maldad.

Fue entonces cuando empecé a preguntarme por enésima vez ¿dónde está Dios? Ese Dios que debo sentir dentro y a quien debo seguir. Puros pasos de ciego pues ni Él ni yo nos encontramos.

Volví a ver a Aristeo escudado bajo una falsa sonrisa servicial. Rondaba la cuadra y no se estuvo a gusto hasta que no se quedó a vivir en el edificio donde me había mandado para huír de ellos. Me envolvió el terror de que volviese a robar un estéreo, una tele, una mesa o hasta el refrigerador. Lo que jamás presentí fue que se robaría a mi más bella posesión: un pinochito de carne y hueso, con mirada traviesa y sonrisa pegajosa. Era el niño con el que mi hada había consolado mi maternidad frustrada. Pensé que sería mi pececillo, mi rehilete constante, mi ansiolítico. No de balde alimenté al Pinochito con las más gordas cucharadas de amor y trozos de ternura.

Ya nada se puede hacer. Su lugar vacío amenaza con tragarme cada que escucho el silbato de un globero o veo las grasosas huellas de sus manitas contra las ventanas de la sala, que no he limpiado para no borrarlas.

Ahora que me dicen que Aristeo se va a quedar a vivir aquí para siempre me pregunto ¿qué más me puede robar si ya se llevó a lo que más quiero?

El tiempo pasa y no salgo de mi departamento por miedo a ver al tal Aristeo. La maldad a veces se disfraza de una persona y ahí estaba, viviendo dentro de Aristeo. Llevo meses sin

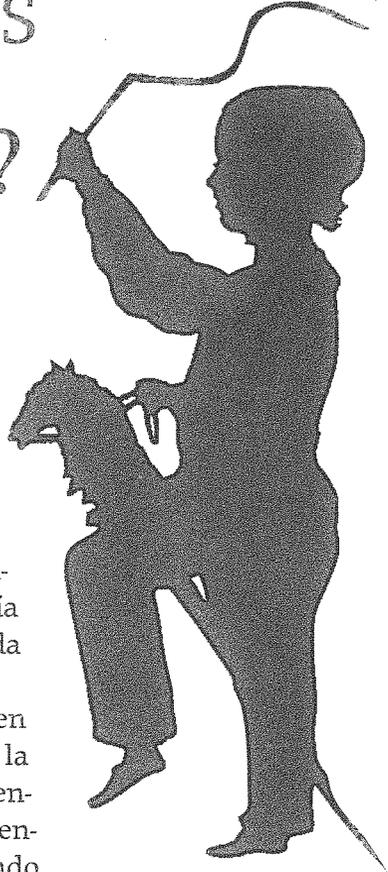
salir del departamento. Oigo el timbre de la puerta que no
deja de sonar insistentemente. ¿Quién será?

¿Aristeo o el Bien que viene a salvarme de las picaduras humanas?



A BÁRBARA DE BAR (KINGA VON HABSBURG)
Y A BEATRIZ CAMPOS AYALA,
POR ESA INFANCIA COMPARTIDA

¿JUGAMOS A LAS CANICAS?



SE QUEDÓ VIENDO FIJAMENTE A LA CANICA.
Una canica de color indescifrable.
Podría decirse que era oscura y tenía
marcas en su piel de vidrio. El niño,
de tres años, la miraba y la miraba,
como esperando a que le hablara. La cani-
ca seguía sin decir nada. Tampoco tenía
sabor a tamarindo. Se quedaba impávida
ante su insistente mirada de niño.

El pequeño se sacó los mocos y los embarró en
la canica, como para demostrarle que la
dominaba. Sin embargo, la canica comen-
zó a balancearse sobre sí misma, con caden-
cias amenazantes. De pronto, salió volando
y golpeó el ojo del niño, instalándose en el
lugar que había ocupado su ojo verde. Después
de algunas convulsiones, el niño se levantó robóticamen-
te. Comenzó a tener una visión adulta de las cosas a
pesar de que no llegaba ni al metro de estatura.

Se subió a su caballo de madera y galopó

El *ojo-canica* aprendió a llenarse de agua salina para sopor-
tar la mirada de los demás. El niño de los ojos bicolo-
res era un excelente compositor de canciones de amor
y nostalgia. Canciones que guardaba y se cantaba en
secreto para que no lo fuesen a molestar calificándolo
de "genio". Comenzó a depender más y más de su *cani-
ca-ojo* para convivir en el mundo adulto, que insistía en
tratarlo como a un niño. Cuando cerraba los ojos, el
mundo giraba en tonos cafés, como su nuevo ojo, un
color sepia que a todo le daba sabor a viejo, como si ya
hubiese vivido esa edad y esos espacios.

hacia el gran ventanal de la sala, desde donde se veía el
Castillo de Chapultepec. Su *ojo-canica* volvió a dar giros
sobre sí, dentro de la cuenca de su ojo. De pronto, éste
se vio dentro del Castillo, jugando en el cuarto de armas
con varios barberos de la corte de Maximiliano. Se descu-
brió hijo único y escondido, por raro, de ese matrimonio.
Un hijo que ni siquiera figuraría en los libros de historia.
Le llamaban Juan para que su nombre se perdiera entre
tantos Juanes mexicanos.

Fue parido sin que nadie se diese cuenta, en silencio. El
destino había predispuesto que el matrimonio de los
Archidukes de Austria fuese estéril. Este niño se había
escapado, era la prueba de cuando menos una noche
enfiebreada y llena de caricias. Juanito nació a pesar
de la historia. Se entrometió como una sombra siempre
presente, a la que no se le hablaba de frente y a quien
se le acariciaba a escondidas.

Un niño raro, en un mundo raro, en un país enrarecido, jugan-
do en las ramas de los enormes ahuehuétes. En el Casti-
llo, se había hecho costumbre que el niño fuese invisible,
por eso nadie daba muestras de verlo o de jugar con él;
mientras Juanito andaba por donde quería y jugueteaba
curiosamente con la supuesta *locura* de su madre. Cuando

estaban a solas, su madre lo consentía como a su única razón de ser, con caricias de nube y la mirada de seda que sólo tenía para él. En esas tardes, salía una música sumamente tierna de ese cuarto en lugar de los acostumbrados gritos. El niño amaba a su madre y jugaba con ser fantasma o fantasía, era el reflejo de la ilusión de su madre, el único ser alrededor del cual giraba su existencia, por eso Carlota se rehusaba a morir, aún más allá del fusilamiento de su adorado Maximiliano.

Cuando Carlota decidió decirle al mundo que Juanito era de verdad, fue cuando el mundo se le fue encima y la encerró como loca.

Otra vez, la *canica-ojo* del niño da bruscos giros dentro de su cuenca y...

... reaparece en el mundo como el prestigiado historiador que tiene que dar fe de que la leyenda de la existencia de un tal hijo secreto de Carlota y Maximiliano; o sea, de sí mismo, era una mentira de los criados de entonces, acrecentada por el viento contra los ahuehuétes.

El historiador, Don Juan del Alcazar, empieza a dudar, ya no quiere firmar esos certificados, pues cada que toma la pluma para hacerlo, una extraña debilidad lo deja inmóvil y al borde del infarto. Sin buscarlo siquiera, de sus libros antiguos cae un retrato color sepia de un niño no mayor de seis años. Es idéntico al suyo cuando tenía la misma edad.

Con mano temblorosa, Don Juan del Alcazar comenzó a escribir un tratado sobre el respeto que merecen las leyendas y conforme iba cimentando las ideas su salud regresaba. Suena el teléfono, es su madre Carlota, a quien le urge contarle un secreto sobre los amores ocultos de la emperatriz Carlota.

A Don Juan del Alcazar el ojo derecho comienza a darle vueltas como si fuese una canica, despierta en otro tiempo,

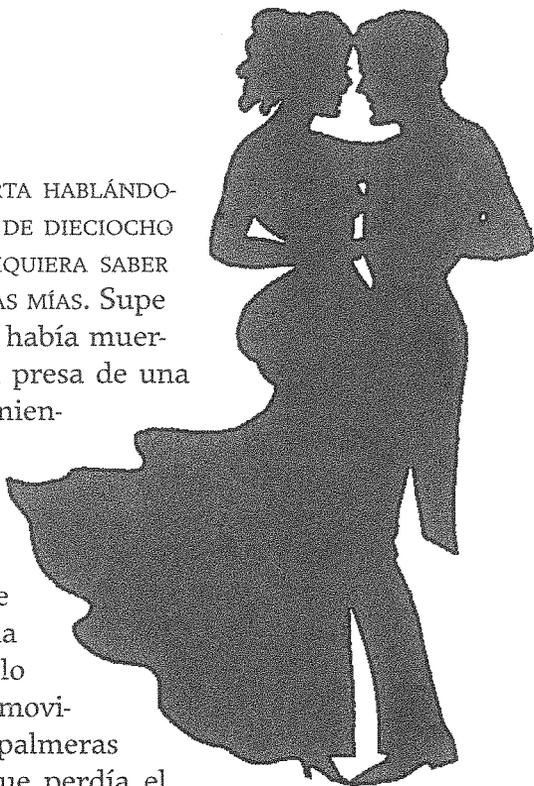
con otra edad, acunado en los brazos de la emperatriz Carlota, a quien le promete, una y otra vez, no volver a jugar a las canicas...



A FEDERICO TRAEGER Y A JESÚS GONZÁLEZ
DÁVILA POR SU CREATIVIDAD Y POR SU
NOSTÁLGICO AMOR A LOS BEATLES

CUESTIÓN DE PROTECCIÓN

NO SÉ POR QUÉ EMPIEZO ESTA CARTA HABLÁNDO-
TE DE UNA PALMERA, DESPUÉS DE DIECIOCHO
AÑOS DE SILENCIO, Y DE NI SIQUIERA SABER
SI TE INTERESA RECIBIR NOTICIAS MÍAS. Supe
por ahí que decían que me había muer-
to, pero, realmente, estaba presa de una
extraña pasión por el aislamien-
to y ahora, lo primero que
vuelven a ver mis ojos es
esta palmera a la cual me
encuentro atada por lazos
de cariño más intensos que
los normales. Pasé por una
temporada en que todo lo
que se relacionara con el movi-
miento cadencioso de las palmeras
me excitaba a tal punto que perdía el



control de las piernas y terminaba andando como canguro resuelto pero extraviado.

Sí, son años los que he vivido sintiéndome atrapada dentro de las bocinas de mi estéreo, con las seductoras y melodiosas canciones de *Moenia* y los clásicos de los *Beatles*. Vivir dentro de la música es hipnótico, te mece, te mece, te mece tanto que no deseas saber de nadie más, ni siquiera de ti, a quien juré amar más allá del tiempo y de lo permitido. Ahora una palmera ocupa tu lugar y es que me siento como hoja seductora, atada a un grueso tronco, un tronco que no traiciona ni se dobla, que está firme como el mejor de los hombres posibles, como el máspreciado compañero. Un tronco que me alimenta de humedad y cierta aspereza para fortalecer el carácter. Sí, estoy perdidamente enamorada de esta palmera, a la que me someto más allá de mi camisa de fuerza. Oigo violines que me estremecen y me llenan de amor hacia todo lo que flota más allá de mi realidad de hoja inmersa, fresca y ágil, flotante y anecdótica, contra la que chocan las palomas y los vientos enamorados de mis pestañas.

Escucho el tambor del tiempo y me retuerzo de risa, los

momentos le hacen cosquillas a mis hojas, brillantes por las gotas de la lluvia fresca y fría. Lástima que sea una rama sin suéter para protegerme de los caprichos del clima.

Soy rama, a un hermoso tronco pegada, flotante como la suerte, tan firme como el destino. Soy una verde rama que a veces se seca pero que insiste en pertenecer a esta palmera que siempre me ha sostenido. Hasta en mis momentos más angustiosos he sido parte de ella, de su rebelde cresta rumbo al cielo. Las coordenadas de mi vida me han mantenido alejada de ti pero hoy, no sé por qué, te estoy escribiendo esta carta, te la escribo sobre los pliegues invisibles de mi mente, porque en este lugar, donde no me dejan sentirme rama, tampoco me prestan

ni pluma ni papel. O sea que, esta carta tampoco la recibirás y el tiempo seguirá transcurriendo sin que vuelvas a saber de mí, aunque yo piense, cada dieciocho años y segundos en ti. Mi nueva vida es libre, sin ataduras ni otros demandares, sólo la enorme y segura palmera dándome lo que siempre he anhelado y que ningún ser humano me ha podido dar: sinceridad, fuerza...

Me voy, me alejo, me trepo en los aires de un nuevo canto que suene más y más fuerte en mi corazón, que desquicie más y más la racionalidad que se me demanda para dejarme marchar de aquí. Música, música, fresca, pura y cadenciosa como la palmera-hombre, palmera-pasión.

Soy, vivo y existo aunque no hayas tenido noticias mías, existo más allá de tu recuerdo y tu espera, te adivino tras las rejas, preguntando por mi cuestionable sanidad y veo cómo cada domingo te alejas porque no te dejan verme, no quieren que contemples mi sutileza, mi humildad, mi verdor. Ni siquiera puedo tranquilizarte afirmándote que soy esa hoja, esa rama, de esa palmera que se te queda viendo fijamente, que te da cobijo en las tardes de canícula seca. No me queda mas que esperar a que me escuches en las voces del viento, en la cresta de la vida, en tu canción favorita... *"Lucy in the sky with diamons..."*

Nada soy si no me lees.

UN VIENTO QUE HACE HISTORIA

LIVIANA DE EQUIPAJE VA LA MUDA TARDE LLUVIOSA Y NEBLINOSA DE LA CIUDAD EN EL MES DE AGOSTO QUE AGONIZA. Son los coches los únicos sonidos que rivalizan contra el ulular fúnebre del viento, de un viento tan fuerte como en las novelas góticas de las hermanas Bronte, que tanto nos gustan leer a las mujeres, para no olvidarnos del Romanticismo y de las pasiones tormentosas donde todo es inesperado, sorpresivo y un beso puede costarnos la vida.

En tardes así, se arrulla uno en el castillo interno del cuarto, bajo un cobertorcito caliente, de deliciosas plumas, con las lecturas y los recuerdos de esos personajes que, por momentos, se han apoderado de nosotras. Y de pronto se imagina una... *al apasionado*



Heathcliff de Cumbres Borrascosas con caballo y todo, sin entender a esos animales de cuatro ruedas que se interponen en su camino. La gente moderna se le queda viendo unos instantes pero nada más; no es tan irreal ver personajes atípicos en una colonia como la Condesa, donde hasta las palmeras se disfrazan para sortear la aduana de los perros que las mojan...

como *El Tizoncito, El Café de la Selva, Los Arroces y la Garufa* están llenos a reventar, hoy es el viento la voz dominante, chicoteando a las calles, levantando su polvo, creando un ambiente de misterio que bien sirve de tela de fondo para los incipientes romances que se desbordan un domingo cualquiera, con la excusa de protegerse del polvo de la soledad pues el marido anda con los cuates jugando dominó y apostándose el dinero del próximo viaje.

En *el Parque México* los patos se esconden mientras Francisca de Olvido (personaje principal de mi novela) camina solitaria por las vereditas húmedas y se sienta en cada una de las bancas para anidar más y más sueños. No le asusta este viento tan feroz, mas bien le agrada y lo siente parte de su naturaleza salvaje y apasionada.

Francisca de Olvido es la típica amiga que guardamos o nos inventamos para los momentos de crisis pues no se asusta con nada, como si todas las realidades fueran también parte de su piel, hasta ella confiesa haber ya pecado por varias vidas en su proceso de evolución.

Hoy, en esta tarde enfurecida, son los personajes de las novelas más románticas quienes pueblan la mente de Francisca, cuya figura se va integrando al paisaje de la tarde... *el galope del caballo de Heathcliff la hace abrir los ojos para mirar al hombre de sus noches enfiébrecidas, ese que, aunque llega a través de sus sueños, siempre deja su huella húmeda en la almohada de seda. Él le tiende la mano para*

que se suba a su caballo, ella lo abraza fuerte y juntos y pegados se van galopando por todo el Parque México hasta perderse en Insurgentes, donde inmediatamente se percibe que ellos son como un mundo aparte...

Aunque siempre presente en nuestras fantasías, sobre todo cuando el clima nos obliga a quedarnos en casa, tomando deliciosas copas de vino blanco, donde, en esos breves espacios en que estamos solas, podemos jugar a soñar el juego del amor del romance, de la seducción y vivir las historias que Francisca nos cuenta... En el punto más candente de la fantasía, cuando estamos en el instante de fugarnos como Francisca de Olvido y ponerle el cuerno a nuestro marido, aunque sea en sueños, uno de nuestros hijos golpea a la puerta y nos dice: "Mami, te habla papá por teléfono". De pronto, el viento se calla y el libro se cae de la cama. El vino blanco derramado es lo único

húmedo en la almohada de al lado.



A MI HERMANITA CARMEN
PORQUE LA DESEO FELIZ Y A GIOMAR PORQUE
TIENE A DIEGO CONTENTO

ILUSIÓN DE MADERA



SE PUSO A ESCARBAR HASTA QUE LA ENCONTRÓ, SUS MANOS TEMBLABAN DE EMOCIÓN Y LA PIEZA SE LE RESBALABA. Nunca la había valorado y ahora se veía columpiándose de nervios ante el hecho de tocar su lomo alado de madera. Se trataba de un extraño alebrije, llamado *ilusión* porque poseía los dos sexos en su encrestada figura.

Era la representación del dios de la plenitud, un dios que nada anhelaba porque se sentía en paz. Sus ojos redondos y bien abiertos comenzaron a reflejar lo que miraban, como si estuviesen vivos. El pequeño objeto, de escasos veinte centímetros, estaba cobrando vida y comenzaba a mover sus puntiagudos pies de color rosa mexicano.

Ilusión era mejor que cualquier estampita, era un dios de madera al que se le podía hablar de todo y de nada se asustaba, un dios, como su nombre lo dice, de buena suerte.

Se lo habían regalado en un pueblo terregoso de Oaxaca, se lo obsequió un señor risueño y medio borracho por las navidades, que se lo dio a cambio de mirar sus inteligentes ojos verdes: “*este dioscito ha estado treinta años en la familia y ahora desea darle la buena fortuna a alguien de lejos*”, le dijo y, tras depositar la extraña figura en sus manos, echó a correr.

Ahora le pertenecía, como una especie de duendecillo adecuado para la mesa de noche, para hablarle de la fatiga de las cosas, del desgano y permitirle trastocar las pesadillas en perlas grises para múltiples collares de ensoñación.

Ahora le pertenecía, como una especie de duendecillo adecuado para la mesa de noche, para hablarle de la fatiga de las cosas, del desgano y permitirle trastocar las pesadillas en perlas grises para múltiples collares de ensoñación. voz dulce y paternal, como si supiese todo y todo lo comprendiera. Se sabía de buena suerte y ese era el mejor de sus dones para cualquier desconocido.

Gracias a *Ilusión* le llegó el trabajo, logró la calcomanía cero para el coche y encontró un nuevo novio a la medida de sus sueños: alto, con la barba partida y penetrantes y tiernos ojos claros. Lo encontró cuando ya no lo esperaba, en una fiesta a la que a ella le daba flojera ir, lo descubrió mientras yacía escondida bajo la mesa de los pastelillos y el champán, leyendo un libro sobre la historia de Londres.

Él llegó ahí de lo más natural, como si estuviese predestinado a hacerlo. Desde ese momento se volvieron inseparables y hasta se escapaban juntos a mágicos lugares.

Hoy, ella estaba triste cuando sacó a *Ilusión* del cajón, estaba triste porque sabía que el momento de la despedida había llegado. Ahora ella, al igual que aquel desconocido de Oaxaca, debía buscar a alguien de ojos tristes para regalarle a *Ilusión*. *Ilusión* se lo había pedido la noche anterior, cuando ella llegó toda fascinada con su anillo de compromiso y los labios suavemente magullados: “*Ya eres feliz, regálame a alguien más*”.

Ilusión la veía fijamente como animándola a creer que ahora la buena suerte vivía en ella. Ella tomó a *Ilusión* con amor, la guardó en su bolsa y salió a la calle, a la cacería de alguien con la mirada más triste que un cielo desestrellado.

Ilusión la veía fijamente como animándola a creer que ahora la buena suerte vivía en ella. Ella tomó a Ilusión con amor, la guardó en su bolsa y salió a la calle, a la cacería de alguien con la mirada más triste que un cielo desestrellado.

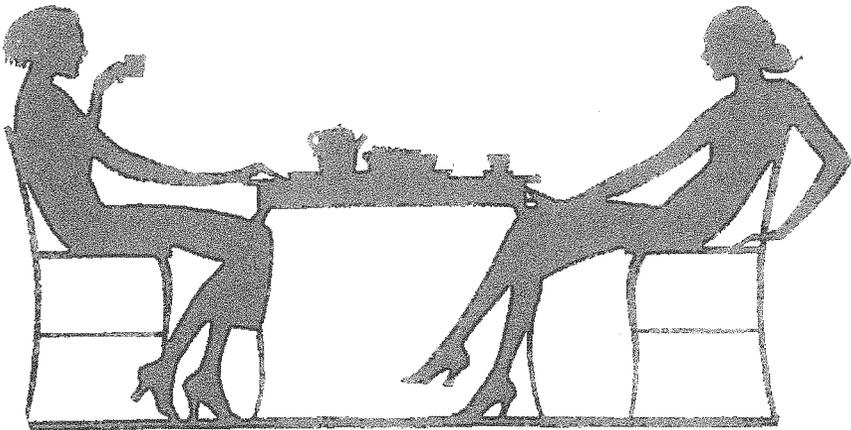


"A LA BROZA SALVAJE"

LA CONDESA

(UN MUNDO
EN CINCO CUADRAS)

CADA UNO VE PASAR SU VIDA FRENTE A SÍ, MIENTRAS CAMINA PESADAMENTE, DEJANDO ESTELAS DE PASOS CHIQUITOS Y DERRETIDOS. Mientras el frío avanza, una solitaria canción se escucha de entre el silencio de todos... *"júrame, que a pesar de tanto tiempo..."*, sí hay lugar para una solitaria voz de amor. Siempre hay lugar para eso y para alguna riña clandestina.



Uno se despierta en las

El vino tinto se descorcha, y el tequila, que abre gargantas y recuerdos, mientras calienta lo más frío de los cuerpos. El tequila ha sido importado a este inexplicable lugar de fríos fuera de mi ventana. Vivo en una de estas cinco cuadras que palpitan de día y de noche. Sólo las voces de los borrachos extranjeros se logran adentrar un poco en el ambiente de bohemia cristalizada. Siempre hay algún solitario, que como alma en pena, toca la flauta o el acordeón, o de plano se echa unas rancheras a capela... "Sin un amor la vida no vale nada, sin amor el alma anda derrotada"

madrugadas, ni el rebaño sagrado de vehículos verificados se atreve a circular por estas cinco cuadras; nadie tiene equipo para que sus llantas no patinen en la nieve de estupor, que se derrite con las últimas horas y con los últimos clientes de los restaurantes.

Es curioso cómo, en una ciudad realmente calurosa, una de sus colonias siempre se congela por las noches, tal vez por una helada terquedad de sentirse única: *la meca de los artistas que no viven en el sur*.

Aquí viene de todo, con una libertad dizque europea, caminan en pos del restaurante que mejor le quede a su estado de ánimo o que todavía conserve una mesita en la banqueta... siguen las voces solitarias, ahora un coro masculino canta "*entonces me daré la media vuelta, y me iré con el sol, cuando muera la tarde...*" siento como si todas fueran serenatas para mí y me enorgullezco, hasta me conmuevo cuando las voces se van silenciando en la distancia.

Todo mundo viene aquí, a echar a volar sus emociones, amores y desamores. Las echan a volar a estas horas madrugadas y cómplices, cuando ya nadie está de guardia, por eso se sienten libres para sus cantos anónimos, mientras otra, y no la destinataria real, escucha su serenata.

Fuera de mi ventana, veo a los trasnochados que a las seis se convertirán en barrenderos de nostalgias. Ellos saben que tras cada ventana cerrada hay un sueño empujando por salir a volar, una quimera bostezando. A veces salen y se estrellan contra el pavimento y se convierten en otra nostalgia más...

De día todo se mueve de otra manera y a otro ritmo. Entonces, la colonia es poblada por los trajeados trabajadores, sintiéndose únicos y acuartelados tras sus corbatas y portafolios. Hacen mover las economías que dan vida al ir y venir del dinero, que pasa de mano en mano, como en un hipódromo febril.

Diversas especies humanas se congregan en *el Mamma Rosa's*, en *La Gloria* o en *el Garuffa*. Por donde las patrullas circulan, dispuestas a correr a los probables cantores de las cinco de la mañana. Bola de aguafiestas. Ni que desafinarán tanto. *El Tizoncito* cierra sus cortinas de hierro, dándoles muerte por un día a las gringas y a los taquitos

En la época de la persecución restaurantera, en que la colonia adquirió el sobrenombre de *La Fondesa*, además de la particularidad de su congelamiento nocturno, se sumó una multiplicidad de olores y sabores que convencieron a todos de que “era única”, una isla en trinchera con su alma bohemia y despeinada.

A pesar de que los perros han cagado todos los camellones, la magia nocturna cristaliza esos despojos y los convierte en luces de esperanza. Después de todo: *no todo es una mierda*. Los discursos de algunos partidos políticos, como el verde ecologista, simulan desentrañar nuestras aspiraciones. Sí las escuchamos a pesar de habernos constituido en “una colonia aparte” como solución para los que provengan de *un mundo raro*.

Ayer mataron a una actriz con los faros de *un BMW 97*, mientras en el Parque España nacía un bebé precioso

al pastor.

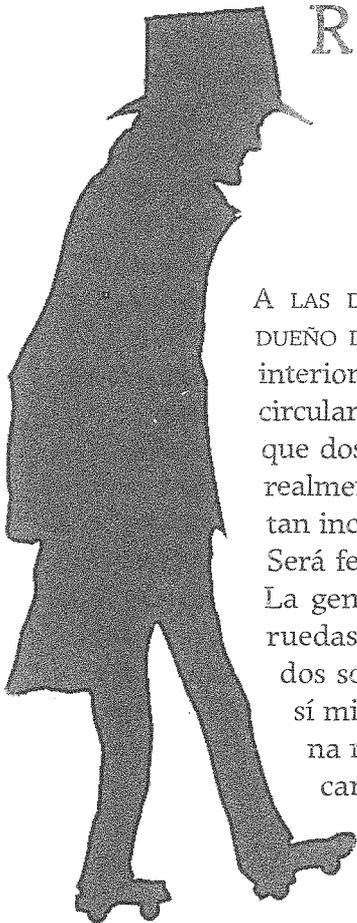
que no tuvo que llegar a la Casa Hogar. Unos mueren y otros nacen, aún en la Condesa. Una colonia que desea llamarse así para que no la olvide *el Hola*, la Biblia de los que están en el jetset mexicano y cuyo certificado de autenticidad se traduce en una foto o una mención, *aunque sea en cursivas*, en esta revista.

del naufragio, los carteros del arte, los amantes de todo, los sobrevivientes del temblor, actores, escritoras, mascotas para las hadas y dos que tres palmeras.

Esta es la crónica de un pedacito del mundo, que muda de piel para no morirse, que lanza múltiples voces para no darse por vencida, que acepta narcocinquilinos como el Pánfilo para poder eructar sus defectos, es una crónica que se muere por ser cuento, cuento de un microespacio donde todas las serenatas sean dirigidas a una mujer sin ampollas en los pies y a una colonia sin manchas en la piel.



SOBRE RUEDAS



A LAS DOCE DE LA NOCHE ES CUANDO SE SIENTE DUEÑO DE LA CIUDAD. A esas horas, los circuitos interiores son brazos extendidos para dejarlo circular en sus patines. Cuando ya no hay más que dos o tres barrenderos es cuando se siente realmente poderoso, la ciudad se le hace suya y tan incompañable como un dolor de estómago. Será fea y gris pero la quiere.

La gente suele llamarlo "el vagabundo sobre ruedas" mientras él siente que los vagabundos son los trajeados que andan perdidos de sí mismos, sujetos a un horario y a una rutina más aburrida que las tablas de multiplicar, con la corbata a punto de ahogarles la libertad.

Últimamente, sus seguidores han estado muy ocupados sacando revistas y periódicos de los basureros; ya que, su

mesías en patines es un adicto a los anuncios por correspondencia: si alguien pide un perrito pekinés para cruzarlo, él responde que tiene un criadero de esas exóticas criaturas; si alguien busca novio, él contesta que es un alma libre, dispuesta a compartir su vida con la dama que se anuncia; si alguien pide una muestra de frijoles salvajes, él les manda un conjunto de piedritas de la suerte. Siempre pone como remitente: Ciudad de México, por lo que, los incautos foráneos lo creen muy famoso para poseer toda la ciudad.

noche a noche, se va convirtiendo en un personaje conocido en peligro de perder su anonimato y nocturna libertad. Lo único que lo salva de ser entrevistado por *El Canal de las Estrellas* es la serie de impostores que han surgido, de la noche a la mañana, presumiendo ser los únicos patinadores de los circuitos interiores.

Hay algo que lo distingue de los demás: el brillo inconfundible de sus ojos, como si estuviese poblado de una maravillosa paz interna, esa que te hace hasta gozar los días de hambre. Siempre está diciendo frases o proverbios, sacados de la manga, que sus seguidores apuntan para reflexionar a la hora del café. Cosas como que *las penas con poesía son menos; el que amanece triste anochece insomne; el que todavía sueña aún no se desespera...*

Es un personaje draculesco porque sólo de noche se le ve, con su gabardina siempre negra y su sombrero negro. De edad imprecisa, nunca parece cansarse de patinar por cualquier colonia de la ciudad. La ciudad es realmente suya todas las noches, su amante fiel, la posee con sus ruedas, la acaricia con sus versos y la recorre toda toda, sin trazos de angustia ni de locura. Parece disfrutar lo que hace. Es libre, libre, mucho más libre que los taxis ecológicos.

El moderno *drácula budista sobre ruedas* tuvo una extraña sorpresa: una carta había logrado dar con él. No sabía si leerla, tenía pavor de empezar a necesitar a alguien para

ser feliz. Titubeante la abrió, sensualmente cayó una flor de nube. No había nada más dentro del sobre, ni siquiera una firma. Guardó ese trozo de cielo en la bolsa más cercana al corazón de su gabardina negra, de negros reflejos.

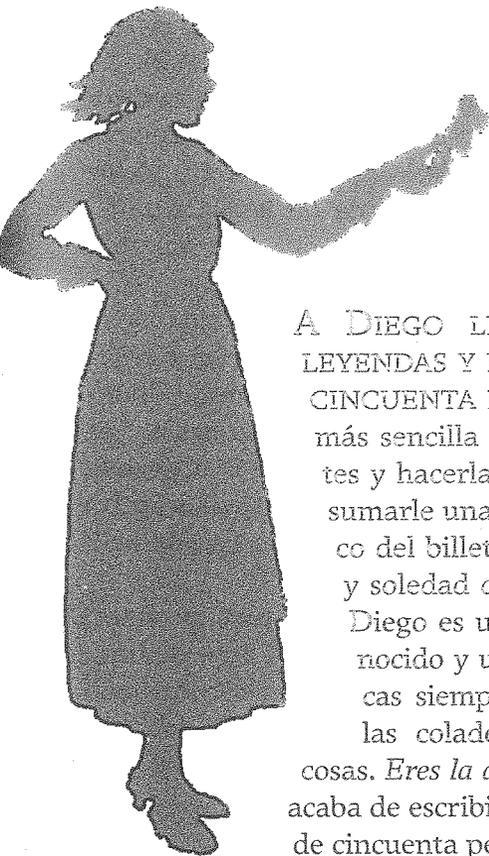
Desde ese día, como que la nube se le subió a la cabeza, porque empezó a proyectarse internamente la película de la vida que deseaba vivir: patinar alrededor de la Torre Eiffel de Paris o su grandísima Rueda de la Fortuna; patinar por las calles de Verona en Italia, patinar sobre los rascacielos de Nueva York, perderse con una ninfa escocesa, donde sí creen en los duendes. Se volvió adicto a su flor y ahora sus versos sólo rezan temas de enamorados. Los insomnes radiófilos comenzaron a poder escuchar sus palabras por la estación XER, misma que se había dedicado a colocar micrófonos inalámbricos y ultrasensibles en los puntos donde él suele patinar. ¡Todos deseaban sentirse tan libres y plenos como él!!! Olvidarse de las broncas cotidianas para poder resurgir. Sin siquiera desearlo o premeditarlo, se convirtió en el salvador de dos que tres solitarios suicidas que, al escucharlo, se sintieron acompañados.

Hubo un día en que ya nadie lo vio patinar, pero nadie sabía precisar cuándo, así como tampoco cómo surgió. Hay intelectuales que han llegado a pensar que ese extraño personaje sólo existe en los corridos populares que no tardaron en crearse a su salud. Pero entonces, ¿por qué todas las noches se dibuja una enorme flor de nube blanca en el cielo esmogueado de la ciudad? ¿por qué se oyen el chirriar de las ruedas y lo amoroso de sus versos? ¿por qué nadie lo puede olvidar? ¿Por qué la ciudad se siente como una amante abandonada?



A DIEGO Y A PACO PARA QUE NO SE
LES OLVIDE SOÑAR

PASAJEROS DEL VIENTO



A DIEGO LE HA DADO POR ESCRIBIR LEYENDAS Y POEMAS EN LOS BILLETES DE CINCUENTA PESOS. Siente que es la manera más sencilla de llegarle a un millón de gentes y hacerlas reflexionar. Es una forma de sumarle una pizca poética al valor económico del billete, un trocito de amor anónimo y soledad compartida.

Diego es un escritor perfectamente desconocido y urbano, pero en sus frases poéticas siempre figuran los topes, las calles, las coladeras y las bardas, entre otras cosas. *Eres la antena que transmite mi emoción* acaba de escribir en el más nuevo de sus billetes de cincuenta pesos, con el que paga una botelli-

ta de vodka nocturna para calmarse los fríos del silencio de su teléfono enmudecido por el exceso de pago.

¡Y pensar que con el PRD en el gobierno capitalino todo iba a salir más barato! Para poder pagar el predial de su estudio de poeta tuvo que juntar cuatro billetes de cincuenta pesos con frases como: *Más pagaría yo por tus besos...*

Uno de sus billetes reapareció en un pintoresco puesto de periódicos del llamado *valedor*, en la esquina de Tamaulipas y Campeche, donde le guardaban su *Jornada* y su *Tiempo Libre* a Martha García. Ella también escritora anónima. Fue hasta que llegó a su casa de Toluca cuando Martha descubrió la frase del billete: *El peso de tu escritura puede convencer a un mundo*. Esta línea fue la excusa para un viaje de interiorización en el que ella recordó cuando iba al taller literario del *gran Maestro Edmundo Valadés*, justo en el edificio de la estación Metro Balderas. Donde el alibi de la vocación por las letras reunía a más de cien raros y sensibles especímenes, con morrales deshilachados y remolinos en la frente.

Los
gajes
del
matrimonio,

que no le permitían ni un momento para sí, habían paliado el deseo escritor en Martha, quien ahora sentía enamorarse del anónimo poeta y, aunque le faltó dinero para el super, guardó ese billete de cincuenta pesos, gracias al cual volvía a sentir el cosquilleo de reafirmarse como mujer de letras. Dejó la bolsa del mandado sobre la mesa de la cocina y sin escribir ningún recado salió rumbo a la aventura.

El miércoles, a las cuatro de la mañana, Diego tuvo la certeza de que sus poemas tenían una destinataria bien definida y hasta la soñó de pelo castaño y ojos azules. Sus palabras se tornaron más atrevidas y pasionales. *Cincuenta veces te desnudo sin que te des cuenta... Nos vemos en el Sanborns de Hegel para amanecernos el jueves...*

Aunque parezca obvio y usted pueda no creerlo, el miércoles,

a las seis de la tarde, Martha recibió este último billete como parte de su cambio al pagar un par de encendidos zapatos rojos, que hacen juego con su provocativo lápiz de labios. Sin más, se dirigió al Sanborns de Hegel, como impulsada por esa sed que se siente cuando se desea ser besada por una boca nueva.

Diego la reconoció inmediatamente: *¡Ahí estaba la chica de sus sueños!* Se lanzó como bólido hacia ella y, como si adivinase una clave secreta y compartida, le recitó el más urbano de sus versos de amor: *caigo en el callejón del deseo semáforo; paro, sigo, espero... ¿en dónde estás pasado sin noticia?, pasajeros del viento me han llenado de vida un miércoles muerto.*

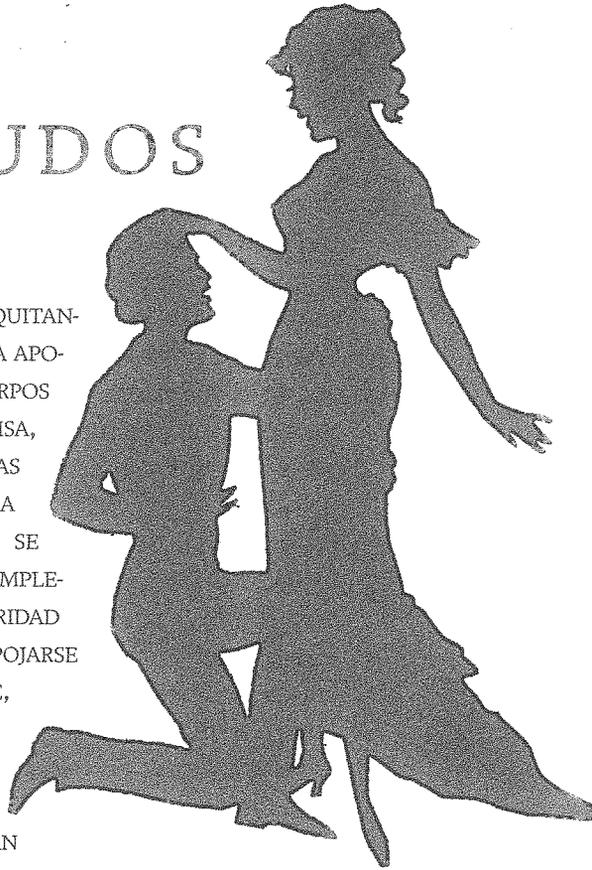
Martha y Diego se amanecieron juntos muchos jueves de varios años y los encendidos zapatos rojos de Martha jamás perdieron ni su pasión ni su rojo intenso.



DESNUDOS

POCO A POCO, LOS AMANTES SE VAN QUITANDO LA ROPA, LA DESNUDEZ SE VA APODERANDO DE SUS CUERPOS, CUERPOS QUE AL DESPOJARSE DE CAMISA, MEDIAS, BOTONES Y CERRADURAS ADQUIEREN EL BRILLO DE LA FRANQUEZA... LOS AMANTES SE MIRAN DENTRO DE SU MÁS COMPLETA DESNUDEZ Y, CON LA SINCERIDAD QUE IMPONE EL HECHO DE DESPOJARSE DE TODO LO QUE LOS RECUBRE, SE MIRAN CON UN AMOR ETÉREO Y PROFUNDO, UN AMOR INEXPRESABLE CON LAS PALABRAS, LAS MANOS COMIENZAN

A ACARICIAR COMO PALOMAS DISCRETAS QUE ALZAN, POCO A POCO, UNA TÍMIDA ALA BLANCA Y SUAVE, LA PIEL SE VA PONIENDO CHINITA, EL SUSPIRO SALE COMO LA MÁS BELLA EMOCIÓN PREVIAMENTE OCULTA. Y en plena desnudez, ¿qué mentira podría caber dentro del mundo de esos cuerpos desnudos que se están descubriendo con un cúmulo de emociones que se



nos atragantan en el alma, porque, de pronto, descubrimos que uno de los amantes que se desbordan en emociones jamás antes probadas es uno. Uno que ha perdido el falso pudor de saberse con un cuerpo imperfecto pero amante porque expresa toda la conmoción de un alma enamorada. Y de pronto el abrazo es mucho más que un simple abrazo, pues es la forma en que el alma le dice al otro: te amo y te estoy amando.

sabe a entrega, se mira bella, se siente plena. La desnudez de los amantes levanta el vuelo en un reconocer, poco a poco, el cuerpo del otro, su sabor, su sudor, su ombligo, toda su boca, labio a labio, como sorbiendo el mismo sentido de existir por y a través de ese otro que nos ha marcado con la herida mortal del amor inacabable, del enamoramiento ciego y obsesivo, hasta enloquecedor. Amarse se convierte en la operación matemática más perfecta, en el eclipse de luna más rojizo, en por fin juntarse para descubrir el sentido de todos los sentidos, hasta los del alma.

La desnudez de los amantes parece de seda, de terciopelo, de nube, porque la piel se disfruta, se comparte, se aprieta y uno sueña con el clavado interminable del orgasmo con mirada del ser amado. Las palabras salen sin vergüenza, las emociones galopan en una sola melodía que por un instante, tan solo por ese pequeño instante, detiene a todo el mundo en ese preciso instante.

Lo demás es tan sólo eso: lo demás, o sea que, no nos atañe, deja de invadirnos con sus acondicionamientos culturales y de moda, deja de atormentarnos con sus horarios y leyes. Lo demás deja de ser ese incómodo andar desesperado en busca de algún sentido, o una brújula extraviada. El amor es la única brújula, el sencillo paisaje de acrecentar nuestro breve pasar por este mundo con un corazón a punto de reventar con el aceleramiento de sus

latidos, que andan vueltos locos con la fascinación de ese milagro del amor correspondido. ¡Bendito amor correspondido! Aunque a veces es sólo un sueño.

La desnudez de los amantes sólo sabe decir verdades enteras y atrevidas, que se apoderan de todo el mundo, el tiempo, el infinito y el planeta.

Amar es despojarse de uno para conjugarse en el otro en un grito de infinito placer.



HABÍA QUE ELEGIR

DESPERTÓ CON UN PIE MOJADO Y OTRO ENFUNDADO EN UNA PANTUFLA AMARILLA, DOS MODOS DE PARARSE EN EL MUNDO. Pero había que decidir cuál sería su postura definitiva. Riesgosa o segura, húmeda y a la intemperie o protegida y tranquila.

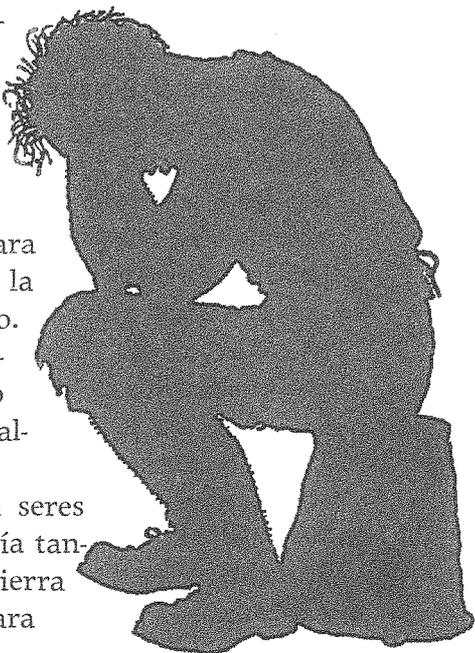
Los riesgos no cabían dentro de la pantufla de color ensoñado.

Pensó que era demasiado poeta para asumirse como criminal.

Ya había matado a tres sapos para saber qué sentía al jugar con la vida y la muerte de otro ser vivo.

La capacidad de destruir mundos en cuestión de minutos lo estremeció con el placer de cualquier sueño húmedo.

Hoy trataría de experimentar con seres humanos. De todos modos había tantos que hasta sobraban. Ni la tierra ni los privilegios alcanzaban para



todos. Por eso se encomendó a su Santo Patrono Caín para poder odiar con libertad. Se acercó a la mesilla de noche y sacó del cajón su pistola calibre 9 mm., tipo escuadra. Comenzó a acariciarla y a recordar cómo se le manifestó que era perverso.

Empezaba a gatear cuando aplastaba a cualquier existencia moscosa a la vista para engullirla posteriormente. Sus babeados con sangre ponían en jaque a su mamá y él disfrutaba de ese su poder sobre las emociones de ella. Manejar a la gente por los diversos grados del termómetro de la angustia y el miedo daba tanto placer como una mamila de vodka con piña. Siempre la llevó bien con su nana porque era borracha y tenebrosa, de su boca salían espantérrimas historias cuando deseaba arrullarlo o sacarlo de los berrinches.

A los cuatro años, ya había construido un cementerio, con crucecitas robadas a las carreteras, en su desértico jardín. Eran tumbas con los nombres de sus tíos, compañeros de kinder y primos rozagantes. La muerte se le antojaba más que cualquiera de sus más vistosas sonajas o cochecitos de control remoto.

así había nacido y así continuaría. Sería un malo descarado no como esos que se esconden en pieles de oveja. Sería más maldito que cualquier personaje de terror. Rebasaría los límites de la literatura *negra* y, demostraría con su *negro* proceder, que las leyes de la buena convivencia habían sido creadas para romperse, para fomentar el escándalo y el amarillismo de los medios de comunicación.

Su sofisticada maldad le había granjeado bastante dinero, no sólo por sus atracos, sino también por las Magistrales Conferencias, que le pagaban en dólares, sobre la previsible telaraña del sentir y el actuar de un delincuente normal y perverso.

¿Con quién valdría la pena estrenarse como asesino? Todo

Decidió ser malo por convicción:

era cuestión de decidirse para dar ese paso hacia la adultez de la maldad. ¿Un político, una puta perversa, un vecino prepotente, un desconocido? Se decidió por matar a la primera persona que pasara bajo su balcón. Pasó una viejita con sonrisa de buena gente. Hablaba sola, iba diciendo que ya estaba cansada de vivir, que en este mundo no cabían los mayores de treinta y cinco años, que ojalá la matara *el Cholo, el asesino más famoso de los últimos tiempos por andar matando a personajes de la televisión*. Sabía que si la mataba *el Cholo* no sufriría pues sus disparos eran certeros y mortales. Pensaba que en el cielo no tendría que caminar con sus pies cansados y lastimados, que no tendría que hacer dietas, que la soledad no existía y que el frío no lastimaba los huesos... Ante tanta verborrea, el Perverso se quedó pensativo, ¿cómo iba a matar a alguien que lo deseaba tanto? ¿Cuál sería el mérito de semejante asunto?... Aunque, él era conocido, hasta por sí mismo, como cumplidor de sus palabras. Ni modo, le haría a la viejita un favor, aunque esto fuera contra su naturaleza de Super Perverso.

La siguió por todo lo largo del Parque España, vio cómo se sentaba sobre las bancas de madera y se ponía a platicar con los pajaritos, los niños y las mascotas, hasta al pasto le decía lindas cosas. *Ah, qué viejita tan lorenza* pensó, mientras volvió a acariciar su pistola. La sintió dura y fría, como si fuese la pistola quien experimentara el miedo que debía sentir la viejita. A fin de cuentas el mundo siempre había sido contradictorio. También pensó que si no fuese malvado profesional, le gustaría trabajar como abogado de un pujante político del *Partido del Mal y la Injusticia*. Los políticos eran como los diablos sobre la tierra, diablos inflados de soberbia, fingiendo buscar una Supuesta Alianza contra el peor de todos los partidos políticos: El perfidio PRINTINTÍN.

La viejita parecía disfrutar de la tarde, solita con su bola de años, solita con su pie lastimado y cortado por la añoranza y el desencanto. El Perverso más perverso de los perversos sacó su pistola y calculadoramente le disparó en la sien derecha. La viejita cayó feliz sobre el pasto. El perverso no experimentó placer alguno, ni siquiera se le paró. Cayó de pronto en una crisis existencial: *matando a quien ya no deseaba vivir había hecho el primer buen acto de su vida.* ¡¡¡¡Carajo!!! Se avergonzó tanto de sí mismo que, mirando al cielo en el que no creía y al que no deseaba llegar por aburrido, se disparó directo al corazón.

Otra contradicción lo esperaba, como había muerto después de realizar una buena obra, su alma se encontró con la de la viejita rumbo al cielo, la viejita lo miraba con adoración con sus ojos extraterrenales. Los dos iban rumbo al cielo.



LA
MARIPOSA
AMARILLA
DE LA
NUBE
BLANCA



CUANDO YA NI LA ESPERABA, UNA MARIPOSA AMARILLA SE POSÓ SOBRE MI HOMBRO. Era la felicidad que había dejado de buscar. Demasiado pronto me había sentado en la sala de espera de los condenados a no soñar más, a esperar, a saberse esperando lo que nadie sabe que espera.

Quien se atreve a irse a sacar el pasaporte en los días que hay más gente, sin tener realmente un viaje en puerta, es porque desea un cambio radical en su vida. Cruzar las fronteras de lo ya sabido y vivido. Irse a otro país para tratar de encontrar la tan codiciada mariposa amarilla.

Justo en esa cola interminable ante la burocracia ineficiente, puede aparecer la nube blanca que matizará las tempestades con su promesa de una historia nueva, más crista-

Llegaste a desaparecer las heridas con tu nueva brisa y tus ganas de

lina, más luminosa, más blanca. El patio de cualquier delegación puede ser el lugar ideal para los regalos que a veces se tiene guardados bajo la manga el destino, cuando desea ser generoso.

En esa cola apareciste con tu mirada azul y tu corto pasado contra mi enorme currículum de abandonos y partidas. Te llamé la atención por el desenfadado aire de protesta con que peleaba contra la burrocracia. Tú querías hacer lo mismo pero alguien había amordazado tus rebeldías... alguien de ese cielo que ya querías abandonar.

"I am a rebel 'cause the world has made me so", reza la canción que más ha penetrado mi médula. Tú eres otro rebelde a tu mesurada manera; por eso no sigues al pie de la letra el silabario de las convenciones. Te asustas de ti mismo pero te lanzas hacia mí.

Como dos changuitos que no se preguntan nada antes de tutearse, empezamos a jugar a viajar hacia nuestros mutuos países, sin necesidad de usar nuestros nuevecísimos pasaportes. Un viaje inesperado de una nube blanca hacia una lágrima gris.

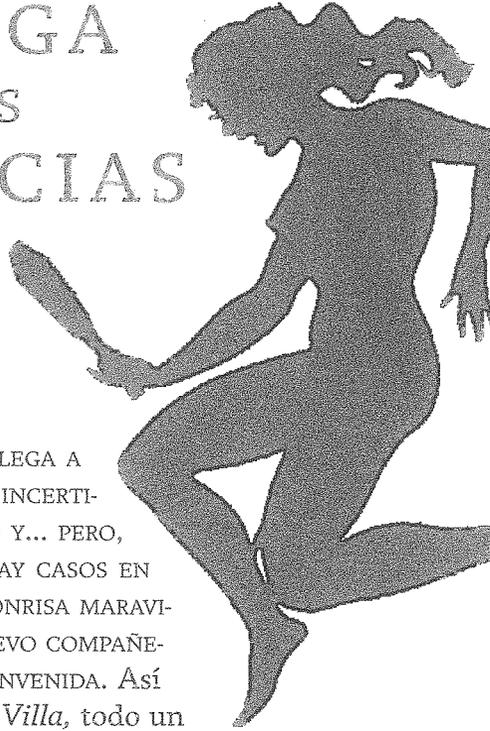
querer a la lágrima tal como era; con ternura has ido abriendo el ataúd donde me había metido, empezaste a resucitar mis risas, me enseñaste la mariposa amarilla, ella jugueteaba sobre mi corazón estrujado.

Curioso viaje el que empezamos, cuyo destino no tiene que ver ni con el pasado ni con el futuro; cuyo mapa está delineado con cientos de caricias y sueños blancos, desafiando al presente.

La mariposa amarilla coloca la lágrima, ahora azul, sobre la más brillante de sus alas y se instala sobre la nube blanca, una nube que no tardará en evaporarse; mientras tanto sueño, me dejo amar y dejo sin inquieto a mi prematuro ataúd.

A ESOS PERSONAJES QUE ALEGAN
LA VIDA DE LOS DEMÁS

LETY, LA MAGA DE LAS FRAGANCIAS



LO PRIMERO QUE SE SIENTE CUANDO SE LLEGA A UN LUGAR DESCONOCIDO ES TEMOR, INCERTIDUMBRE, ARAÑITAS EN EL ESTÓMAGO Y... PERO, COMO UN MILAGRO AFORTUNADO, HAY CASOS EN QUE UNO SE ENCUENTRA CON ESA SONRISA MARAVILLOSA QUE LO CAMBIA TODO, UN NUEVO COMPAÑERO QUE, CON SU ACTITUD, DA LA BIENVENIDA. Así conocí a *Lety Aurora Hernández Villa*, todo un personaje en sí misma. Llegó hacia mí con una sonrisa como luna columpiante y me dijo: “ahí hay café calentito, agua, lo que se te ofrezca”... lo que no dijo pero sí sentí fue la amabilidad que también me ofrecía a modo de la canela que condimenta a un buen café.

A *Lety* le gusta mucho la vida pues como dice “cuesta más trabajo estar molesta”... es una maga de aceites curativos y palabras viajeras, que consuelan tanto de dolores físicos como de nostalgias morales. En un estuche para

anteojos, guarda como siete botellitas multicolores, con esencia de tomillo, enebro, melisa, olio, gotitas anties-trés, pachuli, teatri... su estuchito huele rico, al igual que ella, es la doctora a la mano, la amiga hasta de las cosas naturales, a las que hay que tenerles fe para que funcionen, la misma fe que ella tiene en su angelito colgado al cuello.

“bendito sea Dios”, dice, “porque no hay peor soledad que la acompañada”. Mejor vivir sin compromisos forzosos. Ella se siente acompañada cuando quiere porque, aunque ya no es una chava, Lety se ve radiante, con un cuerpo veinteañero, ojos felinos y su maravillosa sonrisa a flor de piel. Sus testigos cotidianos son sus plantas y sus sueños y aromas. Lety conoce bien los sortilegios de los aromas pues hasta ha trabajado 18 años en perfumeraía.

Otra de las pasiones de tan amable *ser humano* es la comida, ha puesto tres negocios de comida, teniendo a los tacos como especialidad, que han fracasado por culpa de malas sociedades, porque Lety cree que todos son como ella: cálidos, sensibles, derechos.

La Maga Lety es un libro de filosofía ambulante, filosofía casera, metafísica de bolsillo, que suelta refranes como armas contra las envidias y las penas que, aunque se quiera ser positivo, no dejan de acontecernos. “Mi padre dice: si tu mal tiene remedio, ¿para qué te apuras? y si no lo tiene ¿para qué te apuras?”... mejor estudia los secretos de los aromas para alivianar el día de sus compañeros de trabajo, un trabajo que no tiene nada de fácil pues hay que lidiar con la Mesa de Prensa y mantener a todos los reporteros de la fuente contentos y tranquilos, para que no maten con sus plumas, ni acribillen con sus notas.

Lety está tan contenta con su vida que siente que si todo se terminara ahorita no pasaría nada, normalmente nun-

ca se ha quedado con ganas de nada, ni de besar a sus novios, ni de enojarse si es necesario, ni de reír para que el día muera feliz.

A pesar de su seriedad, por ahí tiene un pretendiente como 30 años menor que ella, aunque ya le pidió que no se confundiera, que no iban a jugar a "Mirada de Mujer", que mejor se conformaran con besos espirituales que no

Lety no tarda en llegar, con su equipaje de buena onda y sus maravillosos aceites que huelen tan rico y que alivianan un chorro. Me muero por volver a ver su sonrisa para que mi día también muera feliz.



crean adicción.

A MI TÍO MON Y AL CHOCO POR HABERME DADO
HOGAR EN TIEMPOS DIFÍCILES

EL
ZIGZAGUEANTE
CAMINAR
DE LAS
HADAS



SÍ EXISTEN. Están un poco dentro de nosotros, se mueven en lo más profundo de los pensamientos y nos hacen felices.

Son macrobióticas pues comen muy sanamente: puras verduras y frutas. También saben volar. Siempre andan moviéndose, flotando de un pensamiento a otro, como los equilibristas. A veces se asoman de las orejas y hasta dan comezón. Son tan pequeñas que uno las confunde con ese apenas perceptible sonido que se acaba de escuchar. Andan solas pero se saben en compañía.

Tienen algo de la libélula y mucho del alcastraz. Son parte de ese círculo blanco y enceguedor que a veces confundimos con nuestra propia alma, pues al meditar se nos presentan para inundarnos de paz.

Gran sorpresa se llevaron cuando,

Pues bien, un día, estos brillantes seres convocaron a junta para estudiar las profecías del Nuevo Testamento, tan llenas de horrores y promesas de muerte.

En ellas descubrieron que el fin del hombre coincidía con el fin de ellas mismas. Se pusieron a cuchichear posibles soluciones, mientras zigzagueantes caminaban hacia las líneas más terribles de la Biblia. Pensaron borrar lo que ahí decía para extirpar la angustia y el temor de su destino y el de los hombres. Mezclaron polvos de tinta con polvos de olvido y crearon el antídoto contra las añejas letras. Rápida y zigzagueantemente volaron sobre el libro, soltándole su antídoto de esperanza. Después de unas horas, las páginas quedaron en blanco.

a pesar de haber borrado y reescrito el futuro más a su gusto, éste insistiera en acontecer como estaba previamente escrito. Descubrieron que no había antídotos contra el Destino y que su suerte estaba echada. ¿Ahora qué? Se preguntaron con sus alitas arrugadas de tanta preocupación. Decidieron hacerse más presentes entre los seres humanos para que percibieran la magia en sus vidas. A mí se me apareció una de ellas el día que estaba dispuesto a suicidarme. Se me quedó mirando y me dijo: *Si ya no crees ni en tu ángel de la guarda, mira hacia tu alma mágica y descubre el mundo de las hadas, ese que creías preso en un cuento de infancia ahora es tu única realidad posible. Ven conmigo y juntos poblaremos estas hojas con otra historia, que hable de un mundo gentil, donde una sonrisa valga más que un puñado de dólares y donde Cupido esté en sus cabales y llene de amores correspondidos al mundo por nacer.*

No me suicidé y ahora vivo con alguien que también cree en el zigzagueante mundo de las hadas y soy feliz.

A TODOS LOS QUE, CON SU RECUERDO,
TRAEN MÚSICA A MI ALMA

DELIRIO EN FA SOSTENIDO

LA LUZ DEL FAX SE PRENDIÓ Y UNA HOJA COMENZÓ A DESLIZARSE A LAS TRES DE LA MAÑANA. Ella estaba dormida y escasamente escuchó los gemidos electrónicos ni el avance del papel que llegaba, a pesar de que el fax estaba en el buró de al lado de su cama y supuestamente apagado. Sin embargo, se levantó para afinar cariñosamente su flauta. Cada tono tapaba los extraños ruidos del fax. Eran dos conciertos simultáneos: uno con las voces electrónicas de fin de milenio y el otro con los aires del pasado medieval. Todo tipo de ruidos caben en la noche y en la madrugada, cuando el mundo finge dormir.

Ella recordó el programa sobre *La vida más allá de la muerte* que tanto la cautivó y se rió pensando que su concierto alegraría a una que otra alma pendenciera, que estuviera flotando por su cuarto y su pequeño departamento.



Se dispuso a crear una sinfonía entremezclada con elementos urbanos, donde no desentonaran los topes, las pausas, los callejones y los desniveles del periférico.

Tocó una nota más allá de la línea circunstancial y se sintió transportada al mismo cuarto pero en otra casa, en otro tiempo. El decorado del cuarto era distinto y su propio reflejo ante el vaso con agua le regresaba la cara de un joven todo desconocido para ella. *¡No me digan que ya hice un viaje hacia una de mis vidas anteriores! Eso me pasa por estar viendo programas sobre la muerte que es vida.*

Se tocó y lo único familiar que encontró fue la flauta que acariciaba con la mano derecha. Descubrió así la fuerza de la música como medio de comunicación y presencia atemporal. Giró a ver el reloj y sólo se encontró con la luz de una vela gorda y pachona, que sangraba su cera color pergamino. *¿Estoy atrapada en un sueño o en otra vida?* Pensó. Intentó ensayar la melodía que había compuesto para la última película de Carlos Carrera y escuchó una música de lo más barroca, más acorde con un cuento feliz que con la película de terror que debía ambientar. Las líneas del miedo se dibujaban como las líneas de las manos: entre más profundas más miedo e incertidumbre.

Alguien llamó a su puerta para pedirle su boleto. Fue entonces cuando se encontró en medio de un trayecto de tren entre un sueño y otro, pasajera de su propia música y sin un destino preciso. La flauta era su única certeza de que estaba en el mundo de los vivos y en el tiempo presente pues se mantenía la misma flauta de siempre. Jugó con su propio sueño y se sentó en la cama de arriba de la cabina y se asomó por la ventana. Las estrellas brillaban descaradamente en un cielo profundamente negro y seguramente pleno de almas inconscientes, que jugaban a estar vivas en cualquier rincón, inclusive dentro del

baño de la cabina del tren; un cielo pautado de estrellas tamborileantes.

La flauta se sacudió en sus manos, como recordándole que debía tocarla, que deseaba ser acariciada con la yema de sus dedos y su soplo de vida. Le hizo caso y se encontró de regreso en su cama, en su cuarto, oyendo los cláxones de los coches y los suspiros de su propio cuerpo. *Tengo miedo. Sí, tengo miedo de convertirme en un vehículo transporta almas.*

Tengo miedo de no encontrar a mi propia alma, de descubrirla perdida en una nota de Fa interminable.

Sonó un Fa largo y persistente, angustiante, retador. Ella ya no tenía el control ni de su flauta y sintió aún más miedo de perderse en los inexplicables caminos del más allá.

La flauta cayó al suelo y ella se desvaneció. A las ocho de la mañana se despertó al lado de una partitura que seguramente había compuesto en los trayectos de la noche, una música etérea, extraña y universal. La llamó *Delirio en Fa* y la faxeó a su representante: un ser de otro mundo, capaz de promoverla en el mismísimo limbo.

¿CÓMO LO LLAMARÍAS?

¿CÓMO LO LLAMARÍAS? AL BEBÉ LE GUSTA LA SOPITA CON SÓLO TRES CODITOS, A SU HERMANA ÚNICAMENTE LE ENTRA LA SOPA DE LETRAS Y A JUANCHO NO LE HACES COMER MÁS QUE LA DE MUNICIONES.

Sí, ¿cómo lo llamarías? Cuando tienes que cocinar para todos los gustos con quince centavos de buena voluntad y poco dinero. Las gargantas de casa no entienden nada de la administración y a la muchacha le ha dado por burlarse del gasto.

¿Para qué tenemos muchachas? la sonrisa hipócrita de algunas al cruzarse con nosotros nos hace caer en la trampa de que somos estimados por ellas, al menos las muchachas de antes, eran parte de la familia. Eran las nanas eternas. Ahora ¡mentira! Sólo están



esperando el momento para meternos en líos, como una especie de “revancha de Moctezuma” y aún así, no podemos vivir sin ellas. Si las tratas bien, se aprovechan de tu credulidad e ingenuidad; si las tratas con la punta del pie, te lo agradecen porque recuerdan a sus hombres; sin embargo, sus caras de idolitos vivientes son poco dadas a la sonrisa natural. Ellas no se conformarían con ningún tipo de sopa. Ellas quieren tu cama, tus maquillajes y hasta el color de tus ojos. Por eso admiro a mi amiga Gaby que las ignora un día sí y un día no.

sabiendo que tendrás que pedir varias sopas e inventar diversas sonrisas antes de caer casi degollada en la cama lo llamaría las torturas domésticas de la mujer normal. ¿por qué mejor no fui Cleopatra con varios hombres haciéndome cosquillitas en la espalda y masajes en los pies, atendiendo a mi más mínimo capricho, mientras llega mi galán de película, llamado Marco Antonio, para cerrar mi día con adoradas pasiones?

¿O por qué no soy Isabel de Inglaterra, con todos sus hijos desobedientes y divorciados o a punto del escándalo pero con su reino muy bien pintado? Y mucha gente resolviéndole los problemas caseros. ¡Y con muchos Euros!!!

¿Por qué no hay una sopa que guste a todos y que se cocine sola y una casa que se haga sola y una ropa que se lave, seque y planche en cuatro horas? ¿por qué son tan necesarias las terribles hijas del resentimiento y la envidia, con sus ojos de coraje y su odio callado en sus corazones de piedra si siempre las recibimos con gusto y deseo de compartir el pan y la vida?

Siempre me aconsejan que no me fíe, que no las quiera, pero al final acabo hasta adoptando a sus hijos para que jueguen con los míos y sean felices... y luego, la puñalada: *Señora, quiero el doble de gasto; Señora, ya me voy a trabajar con su mejor amiga y le puse una rica demanda*

para robarle unos billetes, o le dicen a toda la cuadra que uno es narcotraficante aunque no sepamos ni fumar. Ellas saben todos nuestros secretos y se fijan en cuál es nuestro punto débil. Llevan siglos estudiándolo para recuperar el mando a traición y no con trabajo, aunque luego no sepán qué hacer con él. Su escuela son las telenovelas del *Canal de las Estrellas*, donde siempre acaban casándose con el joven guapo de la casa y haciendo llorar a los maléficos patrones que les dieron casa y trabajo cuando nadie más se los daba. Les enseñan la pasión de la envidia al igual que las propiedades del *Fab Limón*. Por eso, cuando nos lavan la ropa, crece su coraje por tener que ayudarnos. Bueno, ¿y por qué están con nosotros si les caemos tan gordos o por qué las contratamos? Nuestra necesidad mutua rebasa nuestro instinto de supervivencia.

Cada que se va una muchacha, se hace una revolución en casa; y cada que te piden trabajo te miran con cara de borregas agradecidas. Que se quejen con Dios y la Virgencita por no haber sido nosotras... las dizque de la suerte, que tenemos que sortear varias sopas; producir dinero inagotable, lidiar con los recibos de la luz, agua, cablevisión y mantenimiento —para que ellas puedan ver sus telenovelas, tener un techo sin riesgos, comida gratis y protección médica de primera—; que además debemos de recorrer el día sorteando los obstáculos de dentro y de fuera y poner buena cara para recibir a toda la familia con la mejor sonrisa a pesar de tener que hacer las tareas de unos, escuchar las broncas de otros, soportar el odio disfrazado de la nueva muchacha, dejar de dormir la siesta y aunque no nos queden ni cinco minutos para pensar en nosotras. ¡Si supieran que tampoco hay tantas mieles de este lado del río! No colgarían tan fácilmente sus delantales.

Miro con sincera desilusión y solidaridad una nueva demanda, ahora convertida en un citatorio judicial, lanzado en contra de mi mejor amiga, por la muchacha que más ha querido y ayudado. No lo puedo creer pero está demandada por un crimen no catalogado en el nuevo Código Penal: *crédula y cándida*. Mientras se nos salen varias lágrimas a mi mejor amiga y a mi, otros tantos judiciales se meten por la fuerza para llevársela presa mientras su muchacha, la que más adoraba, ya se está colgando sus collares, su hija se está pintando los labios con su lipstick francés y su sobrino encuentra el perfume favorito de Cristina, mi amiga del alma, para regalárselo a su novia en turno. No se robaron más cosas ni secuestraron a los niños de Cristina, porque varias de sus amigas nos quedamos a proteger su casa y sus cosas queridas.

A lo lejos se escucha la canción de "*Culpable soy yo... por haberte querido... por haberte creído... por haberte acogido... por haberte querido... por haberte creído... por haberte acogido...*"



A FRAN PORQUE A SUS 8 AÑOS YA SABE ESCRIBIR HISTORIETAS Y PORQUE EN SU SONRISA DESCANSA LO Lindo DE LA VIDA

CALDITO DE POLLO

SE QUEDÓ PENSATIVA MIENTRAS MIRABA A MAFALDA, COMO SI SE MIRARA A SÍ MISMA, AUNQUE A ELLA SÍ LE ENCANTABA LA SOPA; ES MÁS, ESTABA CENANDO UNA SOPITA DE MUNICIONES. Sin embargo, Mafalda se veía como ella, sentía como ella y tampoco quería crecer... No sabía si Mafalda también había leído la historia del niño eterno que no deseaba crecer: *Peter Pan*, pero esa era la primera parte de la receta para mantenerse inocente.

Hablando de inocencia, se acordó de cuando a su hermano lo declararon inocente de haber aplastado al pollito al dejarse caer del lavamanos. Los dos fueron declarados inocentes. Al pollito se le comprobó que no



quería suicidarse sino que más bien deseaba compañía, aunque fuese la compañía amenazante de unos pies a punto de caer sobre él; y mi hermano Paco fue declarado inocente por haberse dejado caer justo sobre la cabeza del pollito, pues no había escuchado su pío pío tan debajo de sí mismo. El shock del pío pío nos persiguió toda la infancia. Caminábamos por la casa y como que escuchábamos a pollito, nos sentíamos culpables de no haberlo hecho feliz en su corta vida en la casa, de haberlo usado sólo para divertirnos sin pensar si él la pasaba bien. Aunque éste no era un caso ni de asesinos ni de suicidas, ya no quisimos comer pollo nunca más. Las nanas tuvieron que inventar todo tipo de guisados carentes de pollo para hacernos comer.

en el Teatro Santa Úrsula, los actores, todos disfrazados de animales, se sentaron ante el improvisado comedor sobre el escenario. ¡Había un pollo gigantescooooo que no dejaba de bromear y bromear y contar chistes, vociferando su presencia mientras ella se sentía empequeñecer más y más hasta caer desmayada...

... dentro del desmayo recordó que se decidió a ser actriz para disfrazarse de todo y de todos los que no fueran ella y a pesar de ello, recibir el sonoro aplauso final, el aplauso que le hiciese sentirse segura y aceptada en la conflictiva sociedad. A veces se sentía identificada con el pollito destripado, desarticulada por el qué dirán y las miradas reprobatorias de quienes no entendían su forma de ser. Era tan *inadecuada* como el pollito aplastado. Inadecuada por sentir de más, por no quedarse callada, por no decir sólo lo que los demás desean escuchar, por amar atrabancadamente, por desmayarse en plena comida...

Volvió en sí y lo primero que vieron sus ojos fue al actor disfrazado de pollo, ahora sin cabeza de pollo, que le pre-

guntaba si se sentía bien, ella sólo le decía: perdóname, perdóname pollito de mi infancia.

El alucine de la infancia es como una especie de cadena que te lleva por delante o que te jala cuando vuelas demasiado para liberarte de los dolores y rencores arraigados. *La Infancia es destino* dijo algún día un sabio. A lo que ella afirmaría *que el destino también era infantil por caprichoso, por necio, por escapar de los verdaderos deseos humanos. Un destino que cae sobre ti y te aplasta la cabeza y ni siquiera te deja*

decir ni pío.



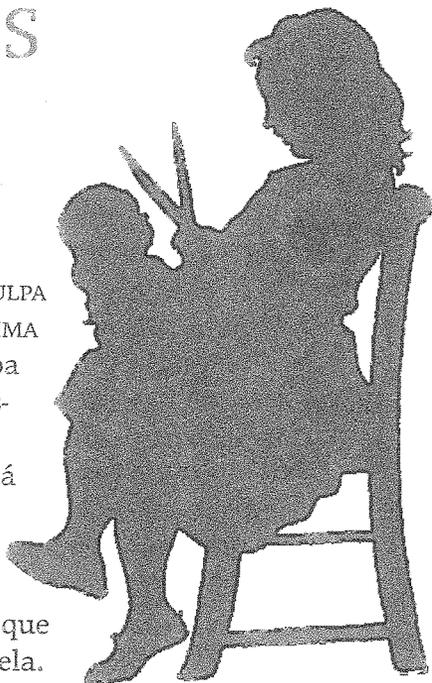
A LUCÍA GUTIÉRREZ BRETÓN
POR SU GRAN GENEROSIDAD

SOMOS LO QUE LEEMOS

UN EXTRAÑO SE LE ACERCA Y, CON LA DISCULPA DE PEDIRLE UNA MONEDA, SE APROXIMA MÁS. Está sucio y lleva una barba totalmente descuidada, de la que resbalan horas de suciedad.

Ella intenta meterse más al libro que está leyendo, como si pudiera esconderse entre sus páginas del encuentro de una mujer sedienta de algo misterioso y de un hombre solitario que ha atestiguado el crimen de la novela. Con un sombrero, pensó ella, este señor podría parecerse al hombre de la novela. ¿Acaso él también tiene un crimen que platicar como si le hubiese acontecido a otro?

Él se sienta al lado de ella, en la banca del parque, y le pregunta lo indispensable mientras la observa detenidamente, desde los zapatos hasta la cabeza. Ella miente y le dice



que se llama *María*. Él le dice de pronto, acariciando con un dedo sucio su pierna, *no me gusta tu peluquero, quiero que me llevés con él o con ella, inmediatamente, aunque esté en Londres como dice tu falda.*

Ella pensó en echarse a correr aunque sus zapatos fueran de tacón, pero la sedujo la forma tan ingeniosa en que él combinó su atuendo con su pregunta, pues en un instante hasta había leído los motivos de su falda. Se limitó a pedirle cortésmente que por favor la dejara terminar su libro.

Él le arrebató el libro y le dijo que sabía muy bien cómo terminaría sin necesidad de leerlo: pues en todo acto pequeño siempre puede gestarse un crimen. Y aclaró, *como si de pronto yo me fijara que traes zapatos de tacón por lo que no podrías ir muy lejos, pero ahora me caes bien, has sido amable a pesar de mi aspecto. Aunque insisto ¿quién es tu peluquero? ¿Conoces París? ¿Por qué estás aquí? ¿Realmente quieres leer este libro o pensabas ligarte a alguien mejor que yo? ¿De veras no traes un peso?*

filósofo! Pensó ella cada vez más preocupada.

— Precisamente porque estoy igual de desempleada que usted puedo estar aquí en el parque —, le contestó.

Él comenzó a cantar muy desafinadamente la canción de *María*, “*María bonita*” de Agustín Lara ante el coraje de ella, pues ese era el nombre de quien ella más detestaba, no era ni su nombre verdadero ni deseaba esa improvisada serenata jala curiosos. De pronto él le preguntó, casi sin malicia, “¿son caros tus lentes?”. Ella sospechó que quería robarle aunque fuera los lentes pero le explicó que los necesitaba para bloquear la luz.

Has de tener ojos claros, comentó el individuo mientras le quitaba los lentes con sus manos negras y peludas. “Mire señor”, dijo ella, “realmente quisiera terminar esta novela”. “¿Para qué?, muy bien sabemos los dos en qué va a

para pedirle ayuda.

acabar...” “¿Cómo puede saberlo si no la ha leído?”, dijo ella un poco fastidiada. “Porque yo la escribí. La escribí pensando en usted, María, María. Ya sabía que la encontraría sentada en esta banca, al lado de los patos. Yo sí la llevo de viaje dentro de mis páginas”. Ella, cada vez más nerviosa, giró a ver si no había alguien en el parque

Él se levantó y la miró de frente, *créame usted que nadie puede escapar de un pequeño momento criminal. Ya ve, yo ya le he robado unos minutos de lectura y usted todavía no sabe cómo matar su miedo.* Después le dio la espalda y comenzó a alejarse con su desconfiable figura.

La supuesta María ya no pudo quedarse tranquila en el parque, presentía al extraño escondido tras cualquier árbol, a punto de echársele encima. ¿Cómo había podido salvarse de un hombre que obviamente había medido su miedo, su posibilidad de escape, los objetos personales que llevaba? Algo en ella le caería bien. Tal vez el que hubiese contestado tan despreocupadamente a sus preguntas y que no lo hubiese ignorado por ser el hombre repugnante que era. Sólo le regaló una oportunidad de breve conversación.

Mejor regresó a su casa para tratar de terminar su libro en santa paz.

En el próximo capítulo se describía algo similar a lo del parque. La historia no había terminado. Se reencontrarían. Lo presentía...

Un encuentro fortuito que tenía mucho de amenazante. ¿La habría seguido? ¿No la estaría esperando en el último capítulo de la novela? ¿Por qué no dejaba de pensar en las tonterías que le dijo? Se miró en el espejo pensando que se había burlado de ella cuando le propuso que lo llevara con su peluquero. ¿Qué habría querido decir con eso?

Cenó delicioso, un queso Camambert con uvas y se dispuso a concentrarse para poder terminar de leer el libro inun-

dato de melancolía y desasosiego. El mundo del libro llevaba irremediablemente a un crimen. Sus personajes se movían con la ansiedad del miedo y esperaban que algo llegase a quebrar su suicida cotidianeidad. Todos portaban en su ropa el remedio contra el deseo de no existir pero, ¿quién se atrevería? Y ¿qué tenía que ver eso con ella? ¿Por qué seguía leyendo el libro suicida que la hacía ponerse más y más nerviosa? Vivimos en una ciudad de miedo, todos vemos una amenaza en cualquier extraño, vivimos a la defensiva, pensó, mientras su respiración se agitaba más.

No podía dormir y se asomó al balcón para involucrarse en las instantáneas de otros, esos que se desvelan y ríen a gritos después de unos taquitos al pastor. A lo lejos, justo detrás de la palmera del camellón, alcanzó a ver al extraño del parque oscurecido, quien a gritos le preguntaba: *¿Ya acabaste de leer el libro?*

De golpe supo que no se atrevería a finalizar el libro, que el último capítulo la llevaría por una coladera que tuviese que ver con ese tipo, que terminaría siendo su presa. Sin embargo, no tenía escapatoria, ya había conocido al hombre del parque y él ya sabía lo que iba a pasar. Ella volvía a presentirlo.

Pensando rápido, llamó a su peluquera y le advirtió que nunca comprara esa novela, que jamás se sentara en la banca del parque y que no hablara con extraños.

Las últimas páginas de la novela insistían en ser leídas, conforme avanzaba la noche goteaban más y más hilitos de sangre sobre las páginas. De lejos ella volvió a escuchar: *díle a tu peluquera que no me gusta tu corte de pelo*. Ella se tomó unos calmantes y recordó su sentido del humor, sería divertido poner un salón de belleza que se llamara "NO ME GUSTA TU CORTE DE PELO", ahí irían a dar todos los adolescentes, punks y rebeldes, los vale Wilson...

Tal vez el último capítulo del libro sangraba porque quería matar su sentido del misterio. *No hay nada más desnudo que un libro que ya no te puede ocultar nada. Ni siquiera el por qué hay un asesino que mata peluqueras, no sin antes trasquilarles el pelo a su gusto.*

Leyó entre líneas un recado para ella, que habían deslizado bajo la puerta de su departamento muy avanzada la madrugada: *aunque no me gusta tu corte de pelo, tú te salvaste, no por no ser peluquera sino porque fuiste amable conmigo y tratabas de entender la novela de mi historia: un desconocido entre millones, harto de la soledad y de si mismo, que mata para salvar a sus víctimas de la tristeza del sinsentido.*

Cuando cerró el libro, sus páginas se habían desangrado por completo y ella se dejó crecer el pelo.

Jamás se lo volvió a cortar.



ÍNDICE

5	MURMULLOS SOBRE ROSALÍA
9	DESTRAMPE INICIAL
11	COSA DE ÁNGELES
15	LA NIÑA DE LOS VIENTOS
25	SILUETAS
29	COMO LAS DE GUANAJUATO
31	ANESTESIA
35	UNA MANO MÁGICA
41	HOY
45	ZUMBIDOS DE ALACRÁN
49	¿JUGAMOS A LAS CANICAS?
53	CUESTIÓN DE PROTECCIÓN
57	UN VIENTO QUE HACE HISTORIA
61	ILUSIÓN DE MADERA
65	LA CONDESA (UN MUNDO EN CINCO CUADRAS)
69	SOBRE RUEDAS
73	PASAJEROS DEL VIENTO
77	DESNUDOS
81	HABÍA QUE ELEGIR
85	LA MARIPOSA AMARILLA DE LA NUBE BLANCA
87	LETY, LA MAGA DE LAS FRAGANCIAS
91	EL ZIGZAGUEANTE CAMINAR DE LAS HADAS
93	DELIRIO EN FA SOSTENIDO
97	¿CÓMO LO LLAMARÍAS?
101	CALDITO DE POLLO
105	SOMOS LO QUE LEEMOS